

ONCE VISIONES SOBRE EL AMOR

Enrique Viloria Vera

Prólogo de Carmen Ruiz Barrionuevo

Epílogo: María Elisa Nuñez Brina



Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
«Federico de Onís» - Miguel Torga»

«COLECCIÓN SALAMANCA»

Bajo la dirección general Alfredo Pérez Alencart
profesor de la Universidad de Salamanca

Serie NEGRA:

Derecho y Economía (Biblioteca Carlos Palomeque)
Responsable: Alfredo Pérez Alencart, Universidad de Salamanca
Jorge Leite, Universidade de Coimbra

Serie VERDE:

Historia, Educación y Geografía (Biblioteca Guillermo Morón)

Serie ROJA:

Novela y Cuento (Biblioteca Juan Rulfo - Teixeira de Pascoas)
Responsable: Carmen Ruiz Barrionuevo, Universidad de
Salamanca; Rui Dias Guimarães, Universidade de Trás-os-
Montes e Alto Douro

Serie GRIS:

Poesía y Ensayo Literario (Biblioteca Gastón Baquero)
Responsable: Alfredo Pérez Alencart, Universidad de Salamanca

Serie AMARILLA:

Temas Científicos (Biblioteca Abraham Zacut
Oscar Miró Quesada de la Guerra)
Responsable: Alfonso Ortega Cermona
Universidad Pontificia de Salamanca

Serie MARRÓN:

Periodismo, Biografía y Viajes
(Biblioteca Germán Arciniegas - Antonio Tovar)
Responsables: José Luis G. Crego, Periodista;
Ángel San Juan Marciel, Universidad de Salamanca

Serie GIAN:

Antropología, Sociología y Ecología
(Biblioteca Dionisio Castillo - Francisco Rodríguez Pascual)
Responsables: Ángel Infantes Gil y Luis Enrique Espinoza;
Universidad de Salamanca

Serie NARANJA:

Filosofía y Política (Biblioteca Juan Nuño - José Carlos Mariátegui)
Responsable: Manuel Sánchez del Bosque;
Universidad Pontificia de Salamanca

Serie MAGENTA:

Clásicos y Ediciones Críticas (Biblioteca Alfonso Ortega)
Responsable: Luis Frayle Delgado, Latinista

Serie AZUL:

Teatro y Arte (Biblioteca Juan del Encina - Carlos Contramaestre)
Responsable: Miguel Elías

ONCE VISIONES SOBRE EL AMOR

Salamanca, 2019

El CEIAS es una institución cultural creada por profesores universitarios y profesionales salmatinos y emericanos con la finalidad de promocionar actividades sobre España, Portugal y América del Sur, del Centro y del norte.

ONCE VISIONES SOBRE EL AMOR

Enrique Viloria Vera

Prólogo: *Carmen Ruiz Barrionuevo*

Epílogo: *María Elisa Núñez Brina*



Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
«Federico de Onís—Miguel Torga»

“COLECCIÓN SALAMANCA”
OBRA DE ENRIQUE VILORIA VERA
POESÍA Y ENSAYO LITERARIO
(BIBLIOTECA GASTÓN BAQUERO)
62

© Enrique Viloria

© Centro de Estudios Ibéricos
y Americanos de Salamanca
Apartado 164
E - 37080 – Salamanca (España)

Depósito Legal: MI2019000680
ISBN: 978-84-95850-56-0

Ilustración de Portada:
Foto de José Amador Martín

Fotografía del Autor:
María Isabel Morillo Belloso

Diseño de Colección
Javier Torre

Diagramación:
Florencia Zabala

Impreso en España / Printed in España,
Año 2019

Me duele una mujer en todo el cuerpo.

. . . .

Afuera hay un ocaso, alhaja oscura
engastada en el tiempo
y una honda ciudad ciega
de hombres que no te vieron.

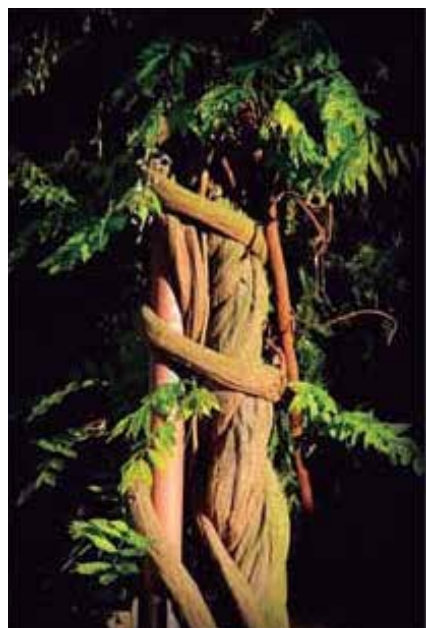
JORGE LUIS BORGES

Ese otro que también me habita,
acaso propietario, invasor quizás o exiliado en este cuerpo
ajeno o de ambos,
ese otro a quien temo e ignoro, felino o ángel,
ese otro que está solo siempre que estoy solo, ave o demonio
esa sombra de piedra que ha crecido en mi adentro y en mi afuera,
eco o palabra, esa voz que responde cuando me preguntan algo,
el dueño de mi embrollo, el pesimista y el melancólico
y el inmotivadamente alegre,
ese otro,
también te ama.

DARÍO JARAMILLO AGUDELO

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,
ya no se endulzará junto a ti mi dolor.
Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada
y hacia donde camines llevarás mi dolor.
Fui tuyo, fuiste mía. ¿Qué más? Juntos hicimos
un recodo en la ruta donde el amor pasó.
Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te amé,
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo...

PABLO NERUDA



Índice general

PRÓLOGO: Carmen Ruiz Barrionuevo.....	11
INTRODUCCIÖN.....	25
1. Elvia Ardalani: De cruz y media luna.....	27
2. Gastón Baquero: Amor sin término.....	33
3. Enrique Gracia Trinidad: El amor, una escaramuza	39
4. José López Rueda: Cuerpo en otros cuerpos.....	51
5. Joaquín Marta Sosa: Amares.....	57
6. José María Muñoz Quirós: Vigencia del amor.....	65
7. Guillermo Morón: El gallo seductor y las mujeres seducidas	73
8. Salvador Pániker: La mujer...las mujeres otra vez la mujer	87
9. Alfredo Pérez Alencart: Una mujer en cuerpo y alma, y El amor cortesano.....	95

10. José Pulido: Un amor kilométrico.....	109
11. Enrique Viloria Vera: Cortejos y Libro del adiós	115
EPÍLOGO: María Elisa Núñez Brina	147
SOBRE AL AUTOR.....	151

Prólogo

Es este un libro en el que el poeta venezolano Enrique Vilora Vera ha concitado muchas presencias, el tema lo merecía, y es una excelente idea la concurrencia de tantos autores, especialmente poetas, que han escrito en estas últimas décadas, verso y prosa, sobre el tema amoroso. Es conocido que Viloria ha ido publicando estos trabajos en revistas y ahora, para publicarlos en libro, los rodea de otras compañías no menos memorables, es el caso de las citas de Borges, Jaime Jaramillo Agudelo y Pablo Neruda, que en el comienzo nos encaminan hacia el centro de su lectura, sin olvidar el brillante y expresivo motivo de la cubierta de José Amador Martín.

Hablar, escribir o comentar el tema del amor presenta abordamientos diversos, desde los más banales y próximos a la sensibilidad de los amantes, a los más alejados y en apariencia más rebuscados, pero tal vez menos consistentes. Esas once visiones en su variedad de sentidos ejemplifican la dificultad de llegar a un acuerdo de qué sea el amor, y tal vez, esa incertidumbre, es decir, esa propiedad que lo convierte en exclusivo de cada persona que lo experimenta, es lo que lo hace misterioso y casi imposible de

fijar como concepto. Desde la concepción de Platón expuesta en *Fedro* y *El banquete*, donde, previa la atracción física o sexual y la admiración mutua de los amantes, se proponía el amor, vinculado a la belleza, como un objetivo para llegar a completar el ser ansioso de inmortalidad, la formulación platónica del amor ha permanecido entre los clásicos y se ha extendido por las literaturas occidentales. No cabe duda de que puede considerarse la **más** excelsa y amplia concepción del amor. Quizá sea conveniente traer en este momento el recuerdo de un autor excepcional de la literatura colonial peruana, el Inca Garcilaso de la Vega, quien tradujo en 1590 los *Diálogos de amor* de León Hebreo, adaptación del platonismo al pensamiento cristiano. Garcilaso expresa una dimensión universal del amor, pues el universo fue producido por Dios como un acto amoroso, en el que no cabe el gozo personal, sino el intento de alcanzar el mayor grado de perfección. Para Garcilaso, como para León Hebreo, el amor rige el universo en tanto en cuanto cada elemento está encajado jerárquicamente dentro de las dos posibilidades que tienden hacia la materia o hacia el espíritu. Así, mediante este vínculo, las criaturas se unen entre sí por el amor material o espiritual. Para ambos, sin el amor no se explica el Universo. Pero si avanzamos hasta este tiempo nuestro, Denis de Rougemont en *El amor y Occidente* (1939, edición definitiva en 1972) lo consideró “célula social original, cuyas fuerzas constitutivas son dos seres con leyes singulares, diferentes, pero que eligen componer una ‘fusión, sin separación y sin subordinación’”. Décadas después, Octavio Paz analiza este tema en *La llama doble* (1993) partiendo de la conexión íntima entre el sexo, el erotismo y el amor sin que pueda olvidarse alguno de estos elementos en la exploración del sentimiento amoroso. Pero si dejamos intervenir a los psicólogos, el amor pasa a ser regido, no ya por el corazón y los sentimientos, sino por el cerebro, y los componentes fríos de su proceso se ejemplifican en la pasión, en la intimidad y en el compromiso establecido entre los seres que aman. Así, y según el grado de estos componentes aparecerían

todas las variantes de amor, en las que se conjugan los sentimientos, la proximidad física, y el grado de implicación de los amantes. Numerosas teorías han surgido a lo largo del tiempo y volverán a trazarse, pero realmente el amor debe ser sentido y vivido. Esto es lo que, sobre todo, encontraremos en los textos que aparecen en este libro de Vilora Vera.

Distintos tipos de amor aparecen en estos ensayos, desde los que valoran el amor familiar y el amor de pareja, pasando por los amores varios, llegando al amor general e indefinido. La mayoría proceden de una subjetividad masculina, la única experiencia de mujer aparece al comienzo y destaca por su singularidad. Quizá por eso mismo el autor ha tenido la necesidad de colocarla al comienzo del libro. Añadamos además, que aparte de los versos citados de los distintos autores, Viloria Vera se introduce a sí mismo como autor de dos poemarios de tema amoroso, con los que clausura ese recorrido que se abre y se cierra poéticamente.

Decíamos que la única visión del amor por parte de una mujer aparece en el comentario que Viloria Vera ofrece sobre el libro de la mexicana Elvia Ardalani (1963), que plantea los lazos del amor familiar y conyugal en el seno de dos culturas enfrentadas, la cristiana y la musulmana.. *De cruz y media luna*, que apareció en 1996, aborda ese asunto en un entorno trasculurado, y no solo eso, sino que el sujeto femenino trae otros temas como la maternidad, la sensualidad y la transmisión del mestizaje al hijo. Ardalani contrajo matrimonio con un kurdo iraní con el que formó una familia. Viloria marca bien la exclusividad de ese sentido amoroso y cómo su poesía se carga de una serie de percepciones centralizadas en el amor, su verso es “Poesía sincrética, mestiza, híbrida, conciliatoria, viene del amor y a él se debe”. Pero sobre todo advierte que la poeta percibe que no solo se había casado con una persona sino con una cultura y una religión ingresando en una familia distinta a la de su origen. Los versos de Ardalani surgen de este entorno, de la conciencia de haber traspasado a

un mundo distinto para cuya comprensión necesita del apoyo del otro. La abundancia de citas de versos contribuye a que tengamos una completa visión de este sentido amoroso que parece haber atravesado fronteras prohibidas. El poemario incluye versos eróticos y de amor que la amante dedica a “un compañero en la luz, compañero en la sombra”, que pronto arribó desde el Oriente persa para colocar entre sus piernas “la espada de esmeraldas / que matará el dragón”. Tolerancia y esperanza son los elementos que emergen también de estos versos, al ir descubriendo las vidas de los otros marcadas por la persecución y la guerra. Viloria destaca la “vocación ecuménica de su poesía” y el “contenido tolerante de sus más íntimas palabras” cuando “le comunica al hijo de dos razas, religiones y culturas, la de la Cruz y la Media Luna”.

A este singular concepto del amor en la familia y la vivencia cotidiana planteados por una sensibilidad femenina, le siguen otros ensayos sobre poetas y libros que plantean el amor desde la perspectiva masculina. Hay dos autores, ya fallecidos, especialmente venerados por Viloria Vera, y son Gastón Baquero (1914-1997) y Salvador Pániker (1927-2017). El primero es considerado por el poeta venezolano como el que ofrece en sus poemas un “Amor sin término” porque el amor aparece en su obra como “plural, diverso, disímil, heterogéneo”. La poesía es para el poeta cubano un acto de amor que cubre su mirada, y aunque no presente poemarios volcados en el tema amoroso, tal y como en occidente se ha ido ejerciendo en la línea del amor cortés, su poesía rezuma este sentimiento. En cambio contiene textos en los que hace referencia a la seducción y la importancia del amor, como en el titulado “Canciones de amor de Sancho a Teresa” de *Poemas escritos en España* (1960) o “Para Berenice, canciones apacibles” de *Memorial de un testigo* (1966) o el impactante “Manos” (“Me gustaría cortarte las manos con un serrucho de oro”) de *Magias e invenciones* (1984), sin olvidar que en este libro está incluido “Brandenburg 1526” al que Baquero traslada el erotismo y el mestizaje del Nuevo Mundo. El poeta de Banes tiene una concepción del amor, pues, como

destaca Viloría, “Amar es ver en otra persona el cirio encendido, el sol manuable y personal / que nos toma de la mano como a un ciego perdido entre lo oscuro”.

Frente a esta concepción amplia de lo amoroso tenemos la figura de Salvador Pániker, al que define con el título de “La Mujer...las mujeres ... otra vez la Mujer” intentando expresar su concepción varia y poliédrica del amor. No creo equivocarme si pienso que el ensayo sobre Salvador Pániker, es uno de los más queridos por el poeta venezolano, pues lo ha estudiado en profundidad como revela su libro *Comprensión de Salvador Pániker* (2015). Viloría destaca la importancia que le daba “a la mujer en abstracto, [y] a sus mujeres en concreto”, pues su obra está llena de mujeres plurales a través de las cuales se implementa una concepción de la mujer como subsanadora del vacío de la otredad, a la vez que conlleva la capacidad de ser lo uno. A través del conocimiento que tiene de su obra reflexiona sobre detalles de su trayectoria personal, con lo que el autor es capaz de entrar en su historia amorosa, aunque “no se trata de hacer el *Catálogo de las Mujeres* del escritor”, pero sí la historia de sus encuentros a lo largo de los años.

El amor como pasión y juego erótico y sexual aparece en varios de los autores incluidos, como en el madrileño Enrique Gracia Trinidad (1950), José López Rueda (1928), Joaquín Marta Sosa (1940) y Guillermo Morón (1926). El primero es definido como “El amor, una escaramuza”, pues en su poesía aparece el “amor presuntamente duradero, el flirteo deliberado, el ligue ocasional, el idilio pasajero, la ilusión fugaz” que suelen desembocar en la ruptura. Lo que queda es “Ese primario y patético himno de soledad y tristeza que luego transmuta, bienaventurado y agradecido, en salmo permanente y optimista”. La dificultad de cumplir el amor aparece en los versos del autor, en sus idas y venidas, en la aceptación de la cotidianidad, y la inevitable llegada del desamor. Pero lo característico de su poesía es que “El poeta juguetea, bromea, se entretiene, retoza con las damas, y a fuer de

tanto jaleo crea y patenta su propio y muy personal *Juego de damas* [2015] en el que participa un variopinto y fenotípico universo femenino”, llegando a crear diversas categorías de mujeres en las que el humor convierte en seria broma la relación amorosa. Viloria hace una larga enumeración de todos estos tipos de mujeres en las que el yo masculino plantea a la vez el amor, el erotismo y la venganza, a veces haciendo gala de voyerismo. Despecho desprenden los versos frente a las sucesivas derrotas de las damas, son versos expertos, con soltura y gracia, en los que el amante tiene la sensación de pérdida.

Constata que José López Rueda “está hecho para amar”, en él el amor es necesidad vital, por eso el título de “Cuerpo en otros cuerpos”, porque el poeta presenta actos en ardientes lechos y traza con la imaginación trayectorias del sexo tan poderosas como la realidad misma. Como en otros casos, la amistad con el poeta permite conocer la historia de la relación con su compañera, Adelina Martínez, y los distintos avatares de la espera de la realización amorosa cuando tuvo que contraer matrimonio por poderes. Amores reales y posibles, pero también pasionales se conjugan con la errancia del poeta, así “va sumando nombres quiméricos, cuerpos distantes, labios forasteros, calificativos que sólo se pronuncian con la pasión del lápiz sobre frenéticas páginas”. Sus pasiones erótico – literarias aparecen enumeradas y descritas como la “tórtola viuda”, “La criolla rubia” o “Grace”. Son miradas masculinas, gozadoras, de externas generalizaciones, en las que se aprecia el juego literario y la herencia de ese tipo de literatura cuyas lejanas raíces están en el Arcipreste de Hita. Pero al fin ese ejercicio literario se desvanece en el regreso a la costumbre del amor cotidiano, “a los besos y a los senos habituales, al regazo solidario de su Adelina de siempre y hasta la muerte de verdad”. En cambio en Joaquín Marta Sosa encontramos el amor-pasión que Viloria identifica con “Amores”, porque para él “el amor es inevitablemente una pasión encarnada, un sentimiento con nombre y apellido, una mujer ‘de cuerpo hermoso’ que despierta en el

poeta sensaciones desconocidas”. Amor único pero “polisémico, inagotable en imágenes y metáforas”, de cuya presencia llega a reconocer: “llegaste cuando menos lo esperaba, / por eso me perturbas y te pido / que me salves de este desastre que provocas”. Se trata de la pasión cotidiana, pero también de la dificultad de la convivencia diaria, en la que manifiesta un amor posesivo, “que le enrostra a su amada la certidumbre de que sin él, ella, nada ni nadie es”, aunque llegue a conceder que vive para ella por “que eras la única mujer para ese amor”.

Guiado por las obras de Guillermo Morón, *Historias de Francisco y otras maravillas*, (1981), *El gallo de las espuelas de oro* (1986) y *Los hechos de Zacarías* (1990), Viloria traza el concepto del amor que surge de la ficción de la prosa. De ahí viene el título del apartado, “El gallo seductor y las mujeres seducidas”. Como se trata de novelas, es otro el nivel del amor y, en este caso, el erotismo fluye en gestos y palabras del lenguaje elaborado que reviste a los personajes. Viloria celebra el poder de seducción sin el cual no tendría sentido la vida, comenta al hilo del narrador que “hombres y mujeres que sólo se reconocen mujeres y hombres en la cópula bienvenida, en el orgasmo compartido, en el coito que diferencia e integra a la vez”. Como era de esperar, se centra en la persona de Francisco “sin metáforas pudibundas, sin parábolas puritanas, sin alegorías mojigatas, a una sexualidad ajena y personal que pone sobre la página saliva, sudor y semen cuando de sexo puro y simple se trata”. Aventuras eróticas y variadas imágenes que rozan lo pornográfico se conjugan con el lenguaje, las creencias y las costumbres populares, lo que le lleva a concluir que “al final, hay sólo dos categorías de hembras en el mundo: las que están muertas y las que se dejan seducir”.

Otro tipo de amor aparece en la poesía de José María Muñoz Quirós (1957), Alfredo Pérez Alencart (1962) y José Pulido (1945). En ellos se concentra el amor de pareja fundamentado en una única compañera. Es el caso de Muñoz Quirós que titula “Vigencia del

amor”, en cuya exposición acude a la biografía amorosa del poeta, a su esposa, Ascensión García Jiménez, “la inseparable y solidaria Choni, con quien José María comparte ya largas y fructíferas décadas de vida conyugal”. “Dulce e inteligente, Choni se erigió en el *leitmotiv* de la poesía amatoria de Muñoz Quirós”. El poeta recuerda “el encantamiento experimentado en los albores del bienvenido enamoramiento” y lo despliega en insistentes imágenes. Aunque se llega a reconocer que el “Amor con mayúscula no existe en la vida real, es más un tema de telenovela, de novela rosa o de folletón”, “su amor lo construyen *carpe diem*, minuto a minuto, hora a hora, día a día”. Y matiza la “cotidianidad del amor, rescatando para la historia del suyo y el de su amada, momentos, instantes, episodios, situaciones” que convierten esos momentos de la vida doméstica y rutinaria en la realidad del amor.

Dedica a la poesía de Alfredo Pérez Alencart dos ensayos, el que titula “Una mujer en alma y cuerpo”, y el que desarrolla bajo el título de “El amor cortesano”. Ambos profundizan en la poesía de su amigo para el que “El ser humano es la pareja” y en su caso tiene como estímulo a su esposa Jacqueline. Porque ha sido su amor de siempre, y “ha compartido las penas y las alegrías, las angustias y las tristezas, los triunfos cotidianos y las frustraciones motivadoras de un poeta”. Además “Es su mujer sonriente, alegre, entusiasta, la que empuja al aventurero de la poesía, al caballero andante del verso, al inusitado protector de poetas de diferente origen y diverso verbo, a emprender proyectos personales y colectivos”. Viloría enfatiza que es un “Amor comprensivo, tolerante, amistoso, conocedor igualmente de los estremecimientos de la pasión”. Aunque ello no lo exime de momentos de altibajos, como expresa: “Voy replegándome cuando te siento lejana / y planeas por encima de los sueños. / Corre, arranca, pero no escapes.” En el segundo abordamiento Viloría elogia al poeta en sus múltiples facetas, desde la personal hasta la de promotor cultural, pero en especial este trabajo está dedicado a su libro *Una sola carne (Antología amorosa 1996 – 2016)*, publicado en 2017, donde incluye los “poemas

amatorios y eróticos dedicados a Jacqueline, su mujer de siempre, con la que celebra veinticinco felices años de comunión carnal y espiritual”. La considera en toda su amplitud “ángel encarnado, compañera en todo, mujer de ojos extremos de seda y acero, perla, gema iridiscente, patria verdadera, dama del palacio del escritor, pero sobre todo es la morena, la gacela, la princesa del poeta”. Motivo si no único, prevalente, en su poesía.

El último acercamiento que completa esta visión del amor de pareja es el titulado “José Pulido: Un amor kilométrico”. Para Viloría, su poesía “compite en igualdad de condiciones con su poética urbana”, porque “buena parte de la poesía urbana de Pulido es una excusa para expresar el fervor, su pasión, por su mujer homenajead”. El poeta expresa vivamente su amor aunque se lamente de su forma de amar, definiéndolo como “frenético” porque procede “de un escritor enamorado hasta los tuétanos”, que busca el merecimiento de ella, sus sonrisas, “presta para ser la motivación de admirativos versos”, en los que nos dice: “Ante la eternidad dejo constancia / de que usas como yesca / el toque de tu risa / yo que apenas soy / un querosén de sensaciones derramado”. Viloría observa cómo en su poesía se halla “el bálsamo de una felicidad sanadora de cualquier quebranto vital”. Son estas últimas lecturas sobre todo, visiones del amor salvadoras, plenas, realizadoras de una trayectoria vital.

A estas lecturas de versos de poetas amigos y cercanos, se suman dos libritos poéticos del propio Viloría Vera que se titulan *Otredad* y *Libro del adios*. Ambos constituyen un destacado cierre, porque son una muestra de su poesía y también porque ofrecen el haz y el envés del amor. La mujer es el otro accesible o inaccesible, el ser que se abre o se cierra, ese otro con el que hay que enfrentarse consciente de su necesidad o pertenencia. Los poemas cortos, y de verso corto, de ambos libros cumplen distinta función. En el primero las percepciones se emiten como chispazos planteando la dependencia y necesidad de la amada, aun en la pérdida de los

sentidos; se destaca la importancia del sentido de la vista que favorece su visión y su placer; el amor, dice en “Atrevimiento” no puede analizarse sino sentirse, es “esa emoción que nos diluye” en el vivir cotidiano que se elabora con la costumbre. Los distintos matices del amor van surgiendo en sus versos con un énfasis en la corporalidad, que sella la continuidad de la unión. Y como en la concepción platónica son dos identidades que aspiran a la unidad: “Hoy somos / un poco tú más yo”, un ejemplo puede ser también “Amor inicial”. El paso del tiempo y sus destrozos aparecen en “Vejez”, aunque perviva “el espíritu tan jovial” como la primera vez. Son poemas que se afianzan en la corporalidad, no solo del cuerpo sino de los gestos y el alma de la amada; ambos van juntos por el camino, y aún pasado el tiempo pugnan por mantenerse. Preguntas, certezas e inquietudes surgen en “Preguntas”, en “Sentencia”, y es un remedio al insomnio cuando echa de menos su cuerpo en “Ojalá”. La presencia de los temores y los pequeños celos asoman en “Importancias” en un presente que desea que prevalezca. “Insuficiencia” plantea la imposibilidad de nombrar el amor, no alcanza la gramática, pero son los pronombres los que ayudan a entender la suma de los dos. Amor gozoso por tanto, aunque no exento de los temores que alimenta el propio sentimiento.

El *Libro del adiós* plantea el fin de amor, es decir el desamor con sus heridas, pero también la imbricación del sentimiento con el poema, al fin y al cabo el amor se muestra y se conserva en la escritura. El primer poema, “Utopía”, resume el propósito, pues surge de la amada misma, y construye “Poemas indelebles / que tus besos / acaban de borrar” como también en el titulado “Futuro”. Pero a partir de aquí se proponen los distintos matices del desamor, un ejemplo puede ser “Adiós”, donde se constatan los reproches a la amada, o “Abracadabra” que construye las engañosas alegrías que al final rebotan en el amor no correspondido. La amada es lo inaprehensible, o la amada que se aleja y cumple su destino en otro cuerpo. “Diez poemas del adiós” traducen en su brevedad

Prólogo

de pareados la incredulidad, tristeza, o el desconcierto del amor desvanecido. Uno de ellos sentencia: “Inmensidad no fuiste / Intensidad tampoco”. No dejan de aparecer los rescoldos del amor en “Hambre”, “Abolengos”, “No fue así”, y después del provocativo “Herejía”, el cierre de “Loco”, donde intenta resguardar alguna señal de aquello que hubo entre los amantes.

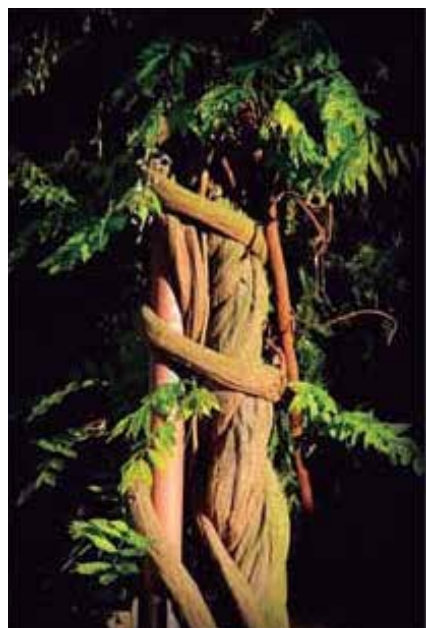
De este modo el libro de Vilorio Vera realiza un destacado recorrido por una serie de escritores que matizan, de acuerdo con sus personalidades y experiencias propias, la obra relacionada con el tema amoroso. El lector disfrutará esta materialización en la escritura de un sentimiento que fundamenta la vida y la literatura del mundo occidental.

Carmen Ruiz Barrionuevo
Universidad de Salamanca





Enrique Viloria Vera



Introducción

Por eso no seremos nunca la pareja perfecta, la tarjeta postal, si no somos capaces de aceptar que sólo en la aritmética el dos nace del uno más el uno.

JULIO CORTÁZAR

Muy brevemente escribo estas agradecidas líneas, a objeto de presentar esta compilación plural y subjetiva de textos disimiles, variopintos, sobre el amor escritos desde sus entrañas por un grupo de escritores de mi admiración.

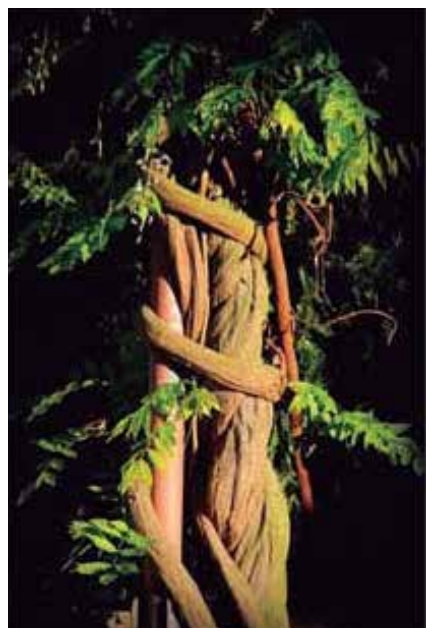
Mucho de lo que hubiese querido expresar ya está clemente y cabalmente escrito por ese trío de sobresalientes mujeres que con sus generosos textos —prólogo, epílogo y contraportada—, sustituyen mi voz, mi palabra.

Nada más puedo ni debo añadir, salvo mi agradecimiento a esa tríada de amigas que espléndidamente suman sus letras a las mías, a fin de convertir en congruentes textos lo difícil, lo sublime, el más noble sentimiento que puede experimentar el contradictorio ser humano que somos y seguiremos siendo.

Sumo sí, sin falsas modestias, un par de poemarios de mi autoría muy diferentes, desiguales, contradictorios incluso, que, a su versificada manera, se instauran sobre el amigable papel como expresión de mis personales pasiones, arrebatos, entusiasmos, locuras, alegres bienvenidas y dolorosos adioses.

ENRIQUE VILORIA VERA

Salamanca, 2019



1. Elvia Ardalani: De Cruz y Media Luna

Alegre y consternada / abierta a la pared de
las memorias / de una especie brutal / me
reproduzco.

Los términos cruz y media luna sugieren enfrentamiento, pugna, tensión, guerra: traen a la memoria los atávicos conflictos que han caracterizado la historia desde los tiempos ancestrales, y que aún hoy, incomprensiblemente, conmueven al mundo contemporáneo.

Rememoran la sangrienta conquista de Jerusalén por unos cruzados cristianos amparados por la Cruz (*Dios lo quiere*) y las batallas del sultán Saladino que propiciaron la recuperación de la Ciudad Santa para júbilo de los seguidores de la Media Luna. Sugieren el denodado esfuerzo de los panaderos vieneses para darle forma al croissant y comerse figuradamente a la Media Luna que flameaba desafiante en los lábaros de Solimán el Magnífico durante su asedio a Viena. Evocan la Batalla de Lepanto donde los barcos de la Cristiandad, comandados por Juan de Austria, derrotaron a los bajeles otomanos del islam, liderados por Alí

Baja, para expulsar definitivamente al *turco* del Mediterráneo y devolverle la tranquilidad al Papa Pío V, a Felipe II y a los demás aliados de la Liga Santa. No me atrevo a comentar los más recientes y cruentos acontecimientos en los que la Cruz y la Media Luna se han enfrentado de nuevo para confirmar que el hombre está hecho para la guerra y no para la paz.

Afortunadamente, este no es el caso del poemario *De Cruz y Media Luna*, Claves Latinoamericanas, Edición bilingüe, México, 2006, en el que Elvia Ardalani (Hermosa Matamoros, 1963) resuelve los conflictos inveterados, las pugnas milenarias, las luchas fraticidas; amparada por los versos de Jalal —e— Din Molana Rumi, la poeta expresa su pacífica y amorosa intención poética: “Los amantes tienen una fe propia. Su sólo credo es el amor”.

Y es que esta poesía sincrética, mestiza, híbrida, conciliatoria, viene del amor y a él se debe. La poeta - profesora también de Lenguas Modernas de la Universidad de Texas - Pan American - desposó un kurdo iraní de Kuymars por nombre, con quien ha procreado tres hijos: Arz, Shwan y Horam. Muy tempranamente la rapsoda aprendió que no había casado sólo un cuerpo diferente sino también una cultura, una religión, una familia de otro cuño y naturaleza. Sin ambages, Ardalani, amorosa, admite: “Camino con tus pies, / reconociendo en cada callejón, la última piedra. / No me avergüenzan nada mis zapatos sumisos / que te siguen por la escarpada ruta de la infancia / ni mi torpeza para vestir el velo (...) Camino con tus pies / porque no tengo más camino que el tuyo / más jornada que ésta de callejuelas intrincadas, / de casas labradas en la arena / y mujeres que asoman para vernos pasar / mientras andamos con tus pies desolados, / y las manos unidas, buscando los restos / de tu padre”.

El poemario de marras es un permanente y sentido canto a un amor que tiene dimensiones diferentes y complementarias: es una trova al amor colateral expresado en ardientes y eróticos versos que

la amante dedica extasiada a “un compañero en la luz, compañero en la sombra” que súbito arribó desde el Oriente persa para colocar entre sus piernas “la espada de esmeraldas / que matará el dragón” y liberada de prejuicios y amenazas transportar, así como se tratara de un cuento de las *Mil y una noches*, a la amada —a su Sherezade tropical— a las arenas enredadas por el viento, “a la selva que nos guarda / de la muerte insalvable / el indómito espacio temporal / que nos ata”. Elvia sucumbe sin defensas ante el embate apasionado, ante la cimitarra desconocida, pero bienvenida, que desgarrar ansias y humedece tempranera la arcilla de cuerpos sin apremios. Confiesa sin ambages la poeta que: “somos dos mudos ciegos / dos sílabas unidas / en mí trenzas tu vientre / en ti trenzo el infinito / el grito de mi boca mordida / que te llama / para mi noche sólo / tu noche oscura y vasta / para mi noche sólo / tu jungla amanecida”.

Amores plurales y sin contradicción son traducidos también en versos de tolerancia y esperanza. Libre de ataduras devotas e inquisitoriales, la poeta emprende el rumbo de lo ignoto para construir inéditos viables, novedades posibles. Sacudida por lo no visto, pero ahora conocido, interiorizado y comprendido, la poeta visita realidades propias y recuerdos ajenos: los padres de su esposo, sus suegros lejanos pero próximos, son rememorados para hacerse presencia en una poesía que anula distancias y diferencias.

Habib, el también abuelo, perseguido por comunista, oculto de la aterradora policía política en un sótano inhóspito, es evocado en su vida y en su muerte, Elvia escribe: “Te imagino, Habib, / te imagino pensando en tus nietos, / maderos de una cruz desconocida, leche clara / de tu alta media luna, / y les escribes, / les mandas una carta que nunca llegará / cuando tú no estés, / cuando hayas huido al fin por la ventana de tu cuarto / subterráneo / para dejarnos sólo la imagen de tu mundo escondido, / abuelo, / *babá bozorgb*, / te imaginamos”.

Y esa muerte única es paradójicamente doble, porque el hijo desconsolado, el esposo desolado, el padre acongojado, muere también con el progenitor lejano, con el patriarca que salió de la oscuridad para morir a la luz del día; la poeta lo retrata en sus afueras y en sus adentros: “Con tu camisa negra, con tus miedos, / arrepentido de ser cuando él ya no es, / con los ojos ceñidos por círculos morados, / con tu sueño de niño atosigándote y quizá/ algún monólogo continuo permutando vigiliás, / te preguntas entonces como viven / los huérfanos”.

Arababé, la madre, la esposa, la abuela, la suegra, es también objeto de versos que hablan de ternura y de libertad; rememora la poeta sus piadosos rezos en la mezquita: “limpias sus manos y sus pies, / contrito el rostro”; hablándole a su otra madre, a la otra abuela, la materna, “verbal, impredecible, emocional”, la poeta mexicana concluye: “entonces el recuerdo me devuelve a *arababé*, / cantando en su lengua de hielo / y el olor a madera / a quién sabe que cárcel / se desprende”.

Pero son esos juramentos indelebles —sus hijos— aquellos que como girasoles brotaron de un mar desconocido para hacer árbol fecundo a sus huracanadas entrañas —sedientas de nuevas luces y clarores, alimentados todos espléndidamente por el pan del vientre de la escritora— los que concitan sus más sentidos versos de amor, paz y reconciliación. La poeta los sabe mestizos en sangre y en cultura, Para ellos escribe este poema insigne, que le da título al libro, digno de estar en cualquier antología de poemas por la tolerancia, de versos para la concordia. Disfrutémolo pacíficamente en toda su cadencia y extensión:

*De cruz y media luna te forjamos la sangre
en una noche oscura,
ancestral y callada,
donde el amor perdió la pista de la historia.*

*Nos amamos sin miedo,
sin culpas de otros siglos.
Cerramos la ciudad.
El portón cobrizo del deseo nos protegió los nombres.
Le amé como una hambrienta,
me amó como un sediento.
Aprendí que en él podía ser otra,
Aprendió que en mí podía ser otro.
Depositamos la semilla sagrada
en el azul violáceo de mi vientre y esperamos en paz.
La noche del eclipse brotaste como el fuego.
Los pájaros callaron.
Él y yo nos miramos.
Hundimos los reproches de mil generaciones
en el dátíl oscuro de tus ojos, en ti, recién llegado.
Yo coloqué la cruz que llevas en el pecho.
Él te puso en las manos la media luna blanca.*

Y para que no quede ninguna duda de la vocación ecuménica de su poesía, del sustrato conciliatorio de sus versos, del contenido tolerante de sus más íntimas palabras, la poeta madre —regalándole su lengua— le comunica al hijo de dos razas, religiones y culturas, el de la Cruz y la Media Luna:

*Tu padre te enseñará a rezar
inclinando la frente sobre el suelo
sencillo y limpio de una alfombra.
Hacia el este tu cara infantil
intacta de nostalgias.
Te habré enseñado yo a arrodillarte*

y a cruzar por tu rostro la señal de otra fe.

Quizás un día te venga bien

recostar tu rostro adolorido sobre el

suelo y repetir un Padre Nuestro

o arrodillarte en una iglesia y cantarle

a Dios el Misericordioso, el Compasivo.

Se vale rezar en cualquier lengua

o no rezar.

La oración eres tú.

2. Gastón Baquero: Amor sin término

Si tomas entre los dedos la palabra amor
y la contemplas de derecho a revés
y de arriba a abajo,
verás que está hecha de algodón,
de niebla y de dulzura.

El amor no es unívoco ni uniforme: es plural, diverso, disímil, heterogéneo. La poesía de Gastón Baquero es indudablemente de amor, aunque no estrictamente amatoria, en el sentido del amor cortesano, del amor cortés, de la *llama doble*, tan analizada en la poesía de Occidente por Octavio Paz, es decir, aquel que se incendia cuando:

“El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor. Erotismo y amor: la llama doble de la vida”.

Ciertamente el escritor cubano no es un poeta amatorio, cortesano, erótico, en sentido cabal, empero su obra contiene textos que dan buena cuenta del talante amoroso de Baquero: “la llave del corazón está en los ojos” afirma, o bien: “Todas las violetas de la tierra / Para ocultar que existes. // Toda la luz posible de los cielos / Para encontrar que existes. // Toda la canción eterna de la estrella

/ Para decir que existes”, o en aquel otro poema donde invita a la perpetuidad al ser amado. “Vamos / juntos / a quedarnos / eternamente / silenciosos”.

Indudablemente que en la poesía de Baquero hallamos emocionados poemas dedicados tanto a amores propios como ajenos, en los que el escritor antillano demuestra sus dotes galanas y seductoras, en los que reiteradamente el recuerdo y la nostalgia se hacen presentes, tal como lo constatamos en el poema dedicado a Berenice que lleva este dicente epígrafe “el amor y el tiempo”. Escribe Gastón a su evocada damisela: “A veces tu recuerdo me hace daño / como un alfiler clavado en la palma de la mano. // Pero me das el tiempo intemporal, lo eterno, / el olvido del mundo y de esas horas / que me van empujando lentamente al vacío; / el tiempo que me das tiene su nombre: / solemne puede ser llamado Eternidad, / humilde puede ser llamado Amor, / pero a solas yo gusto de invocarlo con tu dulce nombre, / y decirle simplemente, ven a mi corazón, / porque te quiero”.

El poeta, trasmutado en Sancho, revive las dolencias que este hombre simple, torpe e ignaro, experimentaba por Teresa: “era la enfermedad del Amor, pero él no lo sabía. Sobre el corazón de la rústica moza— rosa silvestre, manzana blanquirrosa —caía el silencio de su enamorado, que no acercaba a decir en palabras, en canciones, de sus ensueños y de sus fiebres”. Y para liberar a Sancho de sus males de amor, Baquero le cede uno de sus poemas en honor a la amada del amigo: “Teresa: / traía para ti, / entre las manos, / una mariposa. // Era roja, era azul, / era oriblanca, / era tan linda, / que al verla bajo el sol / esta mañana, / quise que la tuvieras / o al menos la miraras. // Tría para ti, lleno de contentura / aquella mariposa / que aleteaba en mis manos / como un pajarito. / ¡Quería verte la cara / cuando vieras saltar / sobre tu falda / aquella mariposa! // Pero ya junto a tu casa / vi a otra mariposa / sola, amarilla y verde, / parecía estar triste, / como un hombre sin novia, / y pensé si sería / la novia de la mía:

/ y abriendo mis manos / dejé que se escapara / la oriblanca, la azul / la roja mariposa; / y las dos volaron, / y juntas fueron a quererse perdidas en el cielo”.

Para Julia también hay un poema veraniego, pleno de luz cenital, de amor y necesidad por parte de un poeta que se reconoce absolutamente inútil para enfrentar la triste soledad de los domingos solos y tristes, y la implacable cotidianidad de andar vestido, con eso que llaman, urbana corrección. Escribe Baquero a Julia más que un poema, una súplica: “Me siento bajo el sol a beber tarde, / a comer rodajitas de blando atardecer, / rodajitas finales de este domingo triste, / y más los domingos tristes de verano, // La campana vacía de la tarde / se llena de fantasmas silenciosos: / vuelve la compañía mejor del solitario, / que es la memoria barrida de arriba a abajo, / lavada, planchada, limpiecita, / por la callada escriba de la muerte. // Julia, si quisieras ponerle un botón a esta camisa, / o un reborde de nácar en esta solapa, / porque esta noche / puede que regrese trayendo un clavel, / o quizás un puñadito de lágrimas / absolutamente cristalizadas ya, / en el revés de la manga. // Julia, no me dejes aquí: / llévame a tus terrazas llenas de geranios, / llévame al quitasol de estar bien muerto, / porque vendrá el verano otra vez, / y tendré que sentarme yo solo, / yo solo conmigo solo, / con esta camisa tan sucia, sin botones, / vieja y destartada / como el ataúd de un ajusticiado”.

Pero ninguna elegía de amor tan bella y cruel como la que Baquero —estimulado por unos versos de Vicente Huidobro “¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos? Te pregunto otra vez”—, escribió con el desgarrador título de *Manos*: “Me gustaría cortarte las manos con un serrucho de oro. / O quizás fuera mejor dejarte las dos manos en su sitio / Y rodearte todo el cuerpo con una muralla de cemento, / Con sólo dos agujeros precisos / Para que por ellos sacases las manos a que aleteasen, / Como palomas o como prisioneras de un rey implacable. // Tus manos estarían bien

guisadas con tiernos espárragos, / Doradas lentamente al horno de la devoción y del homenaje; / Tus manos servidas por doncellas de cofias verdes, / Trinchadas por Trimalcrón con tenedores de zafiro. / Porque después de todo hay que anticiparse a la destrucción, / Destruyendo a nuestro gusto cuanto amamos: / Y si tus manos son lo más hermoso de tu cuerpo, / ¿Por qué habíamos de dejar que pereziesen envejecidas, / sarmentosas ya, horripilantes manos de anciano general o magistrado? // Procedamos a tiempo, y con cautela; un fino polvo de azafrán, / Unas cucharaditas de aceites de la Arabia perfumante, / Y el fuego, el fuego santificador, el fuego que perpetúa la belleza. / Y luego tus manos hermosísimas ya rescatadas para siempre. / Empanizadas y olorosas al tibio jerez de las cocinas: / ¡Comamos y salvemos de la muerte, comamos y cantemos! // ¿Irías a ser ciega que Dios te dio esas manos? Creo que sí. / Por eso te suplico pases por el verdugo mañana a las seis en punto, / Y dejes que te cercene las manos prodigiosas: salvadas quedarán, / Habrá para ellas un altar, y nos reiremos, nos reiremos a coro, / De la cólera inútil de los dioses”.

El amor —pasados los fulgores de la juventud, las pasiones de la luna de miel, los encuentros arrebatados y encendidos en revueltos lechos— también puede convertirse en ternura, sentencia nuestro poeta: “Cuando se vuelve muda la carne clamorosa, / para ella nos queda la ternura. / Persiste el resplandor de aquel glamoroso incendio / que fuera un día himno de deleite, ramo de música viviente. // Debajo de las pálidas cenizas / palpita todavía / el jubiloso cantar de la hoguera // Los ojos escaparon a otros paraísos, / tocó en otras playas la barca del deseo, / pero en el centro del alma está incrustada / aquella música suave y tenaz como el perfume de la infancia. // Cuando se vuelve muda la carne clamorosa, / aletea gimiente en el más puro rincón de la existencia / el pájaro gris de la ternura”.

Y para no quede duda de la vocación amorosa de su poesía, de sus versos que trascienden la carne y el tiempo, Baquero escribe:

“Amar es ver en otra persona el cirio encendido, el sol manuable y personal / que nos toma de la mano como a un ciego perdido entre lo oscuro, / y va iluminándonos por el largo y tormentoso túnel de los días, / cada vez más radiante, / hasta que no vemos nada de lo tenebroso antiguo, / y todo es una música asentada, y un deleite callado, / excepcionalmente doloroso y a un tiempo, / tan niño enajenado que no atreve a abrir los ojos, ni a pronunciar una palabra, / por miedo a que la luz desaparezca, y rueda a tierra el cirio, / y todo vuelva a ser noche en derredor / la noche interminable de los ciegos”.



3. Enrique Gracia Trinidad: El amor, una escaramuza

Da igual para entendernos, que la lluvia de abril
ponga muecas en octubre
que tengan más de un ojo el huracán,
el cíclope,
la perdiz de los trajes o el pirata del cuento.
Da igual que tú te calles
y que yo no conteste.

EGT

El amor puede ser un ir y venir, una toma y daca, un sí y un no, dos silencios que todo dicen —“alguien empujó palabras que no fueron y no dijimos nada”— un bullicio que oculta la voz de los amantes, un diálogo de sordos en el que ninguno habla. En la poesía de Enrique Gracia Trinidad, el amor presuntamente duradero, el flirteo deliberado, el ligue ocasional, el idilio pasajero, la ilusión fugaz, son una permanente escaramuza, un ardid inesperado, una astucia escondida, una oculta añagaza, en la que sólo parece triunfar el desamor y el desencuentro.

Confiesa el desahogado poeta que un día cualquiera, sin personales sospechas, abrió la puerta de sus adentros a la promesa, pensando, ingenuo, cándido, inocente, que todo era bueno: “por eso atropellaron mi garganta / los feroces caballos de la duda, / las mentiras a sueldo en los armarios / de la sombra y el polvo, el silencio que tiene / una amenaza en la costura, / la mueca que subsiste / tras la risa fecunda de los enamorados”.

Desde aquel momento infausto en que los portones del afecto del escritor quedaron abiertos para siempre, desgonzados y de par en par, el propio poeta revela que —ciego a medias— se vio a sí mismo cruzando la gélida brisa madrileña con un canto

de desesperanza en las manos. Ese primario y patético himno de soledad y tristeza que luego transmuta, bienaventurado y agradecido, en salmo permanente y optimista, es el que un escritor afligido despliega una y otra vez, tempranamente acongojado, en pesarosos folios, en tristes anotaciones, en quebrantados versos, en dolidas confesiones, a fin de que todos tengamos en cuenta y sin apelaciones que las certidumbres totales son siempre peligrosas y por lo pronto: “Uno a veces cree tener un espacio de tierra / sobre el que descansar tiernamente la mirada. / Un hombro para hacer / que las horas no acusen el sabor del ajeno (...) Pero después, casi siempre de noche (...) el sudor es un néctar / apurado en el filo de las más íntimas caricias / y el amor es un grito que nos duele en el pecho”.

Tiempos de amores dificultosos, —“y a veces nos queremos”— de tempranos vértigos, del corazón apabullado por la pena, incapaz, a pesar de sus furiosos latidos, de acortar las distancias que habitualmente se hacen más lejanas y confusas de recorrer; terriblemente turbado reconoce el poeta: “Sé que es mucho más digno / sofocar en alcohol los amores ausentes / (siempre hay algún amor ausente, / hasta el que se marchó) (...) Debo pensar que la esperanza, / diosa tan frágil como el polvo de agosto, / no es de verdad violada / por la lujuria de este tiempo insurrecto”.

Apuesta entonces el poeta por el olvido, lo convoca con vehemencia, reconoce que: “Lo más difícil es / que las fotografías rocen sin abrasar / las horas degolladas, / acaricien sin daño / los encajes duros de las horas que fueron”. No quiere el poeta desperdiciarse en los imposibles regresos, en las absurdas reconciliaciones, aunque desea rescatar, sin embargo, “la canción más oculta, sin sangrar, / sin hacer de la vida cotidiana / un esperpento”.

Y pasa que, a pesar de las advertencias a sí mismo, la vida puede convertirse en un verdadero adefesio y la existencia cotidiana transformarse en pura facha carente de sentido: “El resto es siempre fácil, sucede simplemente”. En versos del desasosiego,

en poemas de la revancha, el sobrevenido desamor del poeta se va duchando y repartiendo durante un largo y estéril período en lechos diversos y en amaneceres sin mañana; con el instinto del que busca para encontrar, el macho se tropieza con la hembra en pasajeras habitaciones de burdel, en la repetida sordidez de los *hoteles de comida rápida*, en la ingrititud de una masturbación a dúo, en carromatos desvencijados, en ese placer solitario que sólo una sacudida memoria registra para construir una historia pasional alimentada de pronto olvidos.

Así, con ánimo de lenguaje escolar, con espíritu de tarea obligada de primaria, de agudo ejercicio de gramática para sorprendidos novicios, el escritor escribe sus preposiciones simples para relacionarse juguetona y complejamente con la feminidad: “A, ante, bajo, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, so, sobre, y tras...ellas”.

El poeta juguetea, bromea, se entretiene, retoza con las damas, y a fuer de tanto jaleo crea y patentita su propio y muy personal *Juego de damas* en el que participa un variopinto y fenotípico universo femenino: locas y cuerdas, espontáneas y recatadas, conocidas y por descubrir, sádicas y masoquistas, fortuitas y contumaces, magas y hechizadas, solas y acompañadas, únicas y compartidas: “Tantas famosas, olvidadas tantas, / de nombre falso o nombre verdadero, / sin un doblón o con su buen dinero, / bellas, feas, doncellas, suripantas, // listas, muy tontas, pecadoras, santas, / de memoria feliz u olvido fiero; / siempre con un poeta zalamero / a su servicio y miles a sus plantas”.

El humor y la ironía - ambos “han formado parte de mi vida y, cada vez más, de mi escritura (...) A ver si lo consigo” - se unen al amor pasajero, al lígite, a la temporalidad, a la insensatez, a la sorpresa, a lo imprevisto, a la sonrisa, en la poesía pasional de Enrique Gracia para crear diversas categorías de mujeres provenientes tanto de la más palpable realidad como de socarronas fantasías, y lo consigue:

- **La desterrada:** “Se sentó en el asiento junto a la ventanilla, / apoyó la cabeza, y vi el reflejo de su rostro: / tenía una sonrisa de las que no dejan salida. / —Voy un momento por tabaco— dije. / Seguía ensimismada. // Sus ojos se agrandaron a lo lejos, / cuando dije adiós desde el andén. / Ni ella ni las maletas regresaron jamás”.
- **La fugaz:** “Y no volví jamás a aquel mercado, / mi número era falso, no sé si lo era el suyo. / Un simple kilo de cebollas / no podía costarnos / toda la vida”.
- **La chuleada:** Sorprendido en sus más genuinas intenciones de irremiso caballero andante, el poeta declara belicoso: “me batí como un bravo por sus ojos”. En sus andanzas de cortesano y contemporáneo hidalgo —“y yo un perfecto caballero: / Quijote, Bradomín o Luis Candelas”— el trovador acude esta vez, ardido, heroico, al rescate de la presunta dama encarcelada, sólo para terminar fríamente procesado, sentenciado sin piedad, gracias a su propia confesión condenatoria, la cual reza: “... el chulo aquel de la paliza / era su novio (...) aparecí de pronto / y apuñalé a su hombre / con aquella navaja que ella misma / la había regalado. // Afortunadamente, el tipo no murió...”
- **La reglada:** “Y todo se voló por la ventana. / El genio de la lámpara y yo mismo / nos marchamos a golpes de corriente: / Montón de polvo y libros y cigarros, / vivimos ahora solos y sin que nos ventilen”.
- **La rubita de la hora final:** “No se está mal en la cornisa. / Te miran desde abajo, llaman a los bomberos, / a un psicólogo, a un cura (...) Aquella rubia de la esquina / que no me quita ojo desde abajo / es un encanto, / o eso parece desde arriba. / Si me la hubieran presentado ayer, / yo no estaría aquí, ni

ella tan lejos. (...) En fin.../ ¡Apártate, rubita, que aunque quiera, / no quiero aterrizar sobre tus brazos!”

- **La todo riesgo:** “El karate y el judo parecían sus padres adoptivos / y entrenaba diez horas por semana. Le encantaba ir al cine; / Schwarzenegger, Bruce Lee, Van Damme y Rambo / eran sus favoritos: (...) Pero todo eso era llevadero, / cada uno es como uno quiere; yo también tengo mis manías / y al principio la vida me parecía emocionante. // Una tarde volvió con tres paquetes / —Son un regalo— dijo. / El primero, de un sórdido sex-shop: una máscara negra de cuero con tachuelas; / otro paquete, más pesado y tosco, de la ferretería: ganchos, cadenas, cuerda / y unos cepos de aparato medieval. / No abrí el tercero pero abrí la puerta / y bajé la escalera como ella los torrentes”.
- **La comeflor:** Luego de la traumática experiencia vivida con la deportista forrada en ropa de cuero y dispuesta a cualquier aventura sexual de alto riesgo, el poeta, más consciente de sus limitaciones físicas y eróticas y en busca de fantasías ajenas menos peligrosas y atrevidas, se fue a vivir “con una pelirroja, / pobre, feúcha, desgarbada, pero / sólo tiene geranios, tiestos de marihuana / y ositos de peluche”.
- **La maga:** “Juguetona de cartas y zodíacos, / algo vidente, un tanto curandera, / camelaba a sus pálidos amigos con arrumacos de vampira (...) —Ya sé que tú eres bruja — insisto— / lo que no sé es si creo en brujas de tu especie / Me llana inútil y me ignora. // Ahora que se marchó con otro inútil / que hasta tiene consulta telefónica, / ahora que no la veo ni en mis sueños, / pienso en el mal de ojo / cada vez que me duele la cabeza”.

- **La higiénica:** “ Una de aquellas tardes, / húmeda espalda, perfumada sombra, / con el calor del baño hecho promesa, / no esperé a que saliera / y entré sin previo aviso: ‘Oye cariño...’ / El gel a medio abrir me recibió en el suelo; / una pierna, dos vértebras y el codo / me dejaron inútil para todo un semestre (...) Ella sigue dejando los jabones y el resto de las cosas / donde le da la gana”.
- **Las intolerantes:** En una conducta más temeraria que su ilusorio suicidio, el poeta nos comenta la osadía de vivir con dos mujeres a la vez y en la misma casa: “Os adoro a las dos pero no entiendo / que más allá del sexo os mostréis incapaces / de ser civilizadas. // era hermoso querernos, hermoso aquel barullo, / que los vecinos sospechasen / y Hacienda no supiese / cómo clasificarnos. / Pero al final un simple plato de lentejas / retorció el cuello al cisne de nuestras aventuras. / A una le gustan en puré, a otras caldosas, / y yo las aborrezco desde entonces: Mientras las dos alzabais las cucharas / como argumento arrojadizo, / supe muy bien quien era el que estaba de más”.
- **La narcisa:** “Hay un espejo en el vestíbulo, otro en la entrada, dos en el salón, uno en todas las puertas de todos los armarios y el baño es / un espejo dondequiera que mires (...) Mi Narcisa de espejos hace muecas, disfruta de perfil o frente / a frente, y yo me siento horrible Quasimodo. // Tengo que hablar con ella, en serio, de una vez, sin miramientos, / o acabaré viviendo con capucha”.
- **La peregrina:** En otra de sus tantas andanzas imaginarias, esta vez el escritor se convierte en devoto y mentiroso peregrino que caritativo transita el Camino de Santiago para toparse de lleno con otra peregrina deslumbradora a quien auxilia en su recorrido piadoso: “Sus ojos eran de hayas en otoño, / su sonrisa de libro y lo demás / como para volver loco al

apóstol / cuando llegase a Compostela. // Así que la llevé en mi coche (...) Su perfume a lavanda me hizo olvidar que yo no iba a Galicia / y otros asuntos eran mi destino. / Junto al castillo de templarios / paramos a reponer fuerzas. / Cuando estaba pagando la empanada y el vino, / oí el motor del coche. // Me dejó su cayado, la venera, y un palmo de narices con recuerdo a colonia. / Caminé todo el resto del verano / como un imbécil, con la boca seca, / pero he ganado el jubileo”.

- **La camarera:** “...mueve con tanta gracia su cintura, / que hay que ser muy hábil para cogerla al vuelo / - Señorita, si no me trae usted ese café en persona, / podría cometer una locura: / renunciar a los miércoles de cine, hacerme monje, / subir las escaleras dando brincos, / llorar, cambiar de sexo, / de marca de tabaco o de conciencia / votar a quien no sé o echarme al monte...- ¿Cómo dice, señor? / - Nada, nada. Verá... / que me traiga un cortado por favor (...) – ¡Los hay raros, —está pensando ahora— / mira que hablando solo! / —las hay más hermosas— pienso. / Y el café se enfría”.
- **La lectora:** “Una mujer leyendo en el vagón del metro. / ¡Ah, si fuesen mis poemas / y ese libro lo hubiese escrito yo! (...) Cierra el libro...de prosa: / una historia de moda hecha negocio, / cine, publicidad, tele y escándalo, / de no sé quién, y ahora qué más da. / La traidora se pone en pie y se marcha, / ni me mira”.
- **La vecina:** “Cuando la ve subir por la escalera / sin llamar a la puerta ni mirar siquiera la mirilla o el felpudo, / se le amargan los versos y la vida, / y se jura a sí mismo no escribir nunca más. // Pero al día siguiente, ella / vuelve a bajar camino del trabajo, / pasa junto a la puerta y su perfume / de nuevo emite música dulcísima / que el ascensor reparte por los pisos. / Entonces él esgrime su bolígrafo, / olvida el juramento y sólo piensa / en volver a escribir versos de amor, / o en alguna locura semejante”.

- **Las sodomitas:** “Aquellas dos viejas mujeres / también habían sido jóvenes. / Gozaron y volvieron locos / a los hombres pero jamás / enloquecieron ellas. // Al ver tanto alboroto en casa / de su vecino Lot, temieron / que algo muy grave ocurriría, / así que huyeron de Sodoma: // Estaban ya tan lejos cuando / miraron hacia atrás que nada / les alcanzó. Ni sal siquiera”.
- **El travestí:** “Fue una noche de las que no se olvidan / aunque apenas recuerdo / lo que pasó en la madrugada. / Cerveza, calimocho, hierba y vodka, / ella, que era la reina de la fiesta; / se me cruzó como se cruza un toro / y me pasé lidiando la jornada. // Me desperté en la puerta de mi casa / con la cabeza igual que un yunque al sol (...) A mi lado un colega susurraba a gritos: / - ¡Se llamaba Manolo / y antes de atiborrarse de silicona / fue cargador de muelle en Cádiz!”
- **La olvidada:** Y el olvido, ese sentimiento que es “como las lágrimas y el sueño / que ya no se recuerda”, tantas veces buscado, demandado intensa y desgarradoramente en versos, emociones y enterezas por el poeta, llega tarde, pero llega: “Luego el tiempo se fue tornando mueca / dura sobre los muebles y las cosas, / tu mano terminó por asfixiarme, / tu abrazo no contuvo el duro invierno, / los besos fueron bosque quemado / y la sonrisa un álbum con las hojas heridas // Ahora que ni regreso ni me miras, / dudo si me quisiste y si te quiero”.
- **La última dama:** “Cuando la muerte tiene ganas de jugar / no hay quien la aguante // Hace trampas (...) es la mujer de hueso más fullera / que he conocido nunca. // Y lo peor / es que no necesita hacernos trampa / para ganarnos la partida”.

No tan fácil ni prontamente recupera el poeta la esperanza, porque áspero, muy bronco y rugoso es el camino para toparse con ella. En

efecto, de acuerdo con Gracia Trinidad: “Para llegar a la esperanza, vivos y suficientes, / hay que colmar de risa los bolsillos, / cuero de sinrazón en los costados; / sondear el abismo de la duda / y salir a las calles / con una muestra mineral / del hombre entre las manos. Hay que hacer esta ofrenda / en el altar extraño de los sueños, / con el barro que nace de los primeros gritos / y las últimas lágrimas”. Conquistado finalmente en lo más íntimo de sus querencias por genuinos y honestos sentimientos de solidaridad y benevolencia, el poeta va aceptando que no toda escaramuza en el amor es inevitablemente una derrota irreversible de la esperanza, aunque sin lugar a dudas: “la partida es difícil, / cayeron tantas piezas que al tablero le duele la nostalgia”.

El escritor se reconcilia lentamente con sus adentros: “Aquello ya pasó, en el silencio / están recuerdos y canciones, / el barco de papel, la luna de galleta y celofán, / el pájaro imposible, / cascabeles absurdos que siempre se mecieron / en el estaño solo de mis ojos, / la casa abandonada por los nuevos reptiles de la prisa, / el árbol habitable, / todo el otoño gris que desdoblaba el argumento”, e intenta también decidido reconciliarse con sus afueras: “Seguiremos andando, / haciendo sonreír estas manos prestadas, este rostro adherido a nuestra piel / de esclavos y señores (...) Nadie condenará el delito / de haber nacido humanos”.

Imbuido nuevamente de la esperanza —“no sé qué voz habrá que destemplan para volver al punto del camino / donde pudo perderse la esperanza”— ya que hablar de franco y literal optimismo es mucho decir en la poesía de Gracia Trinidad, el madrileño arriesga otro futuro, transita otro vértigo, apuesta fuerte por su necesaria felicidad, firmemente seguro está de que: “En algún otro sitio / volarán las palomas en torno a los estanques / mientras arrecie la tarde sus espejos tristes (...) Entonces esta piel, / menos dorada y más hecha sonrisa, / ya no será la misma, no engendrará lagartos / ni querrá seguir siendo descubierta por el agua (...) Por fin dará vuelta / el barco de papel de este naufragio”.

Y quien convoca la esperanza la obtiene, decimos los esperanzados: aparece cuando menos se la aguarda, llega súbita y silente, sin aspavientos, casi sin identificarse, porta nombre propio y a veces paradójico, es capaz también de adoptar un seudónimo, de ser llamada de una u otra manera. El arribo de la bienvenida esperanza hace posible un nuevo atrevimiento del poeta, quien, recuperado de los naufragios en tierra firme, vuelto a ser el eje de su propio centro vital, se siente capaz, ahora, de escribir, a ritmo de *rap*, pretendidos poemas de amor con destinataria específica: “No hay sombra fuera de tu sombra / y sin embargo, cualquier luz / que no te pertenezca es sólo noche”.

Alejado de las ficciones literarias, de los encuentros de retrovisor o de parada de autobús, más allá de andenes y terminales, supermercados e ironías detrás, el poeta, menos fatigado, hilada sólidamente su esperanza, reconoce sin vergüenzas que: “Nunca supe escribir / un poema de amor. / Lo intenté, pero siempre se pusieron de por medio / otras historias otros domésticos asuntos, / el cansancio escabroso de tejer la esperanza / con el hilo malvado de la incredulidad”. Ensayo arduamente el escritor, toma apuntes a mano limpia, en el ordenador, borronea sobre servilletas, escribe en papeles membretados, en prospectos y catálogos, a ver si obtiene, si le llegan o se presentan oportunos en su inspiración unos versos de amor “*al itálico modo* / o en cualquier otro estilo, la forma es lo de menos”.

Argumenta y refuta el poeta, esgrime razones a favor o en contra, sopesa el esfuerzo, se auto convence plenamente de la futilidad de la iniciativa literaria para prontamente deshacerse del atropellado proyecto poético. Sabio, experto en versos y otra vez en el amor, luego de largas y complejas reflexiones, Enrique Gracia analiza, desecha y elige la vida con su amada y no la letra para su amada: “El amor o el engaño que supone su juego, / esa locura rara de la que nadie escapa, esa alegría que sube del estómago al labio; / ese vaivén de risa, ese dolor que tiñe / los colores, que rompe cuanto

encuentra a su paso, / es mucho más gozoso vivirlo que ponerlo / de pie sobre el papel, pedante y disecado”.

Pero muy entre nosotros, que a esta íntima confianza nos atrevemos luego del exhaustivo análisis de versos e intenciones del poeta, rechazamos enfáticamente la conclusión de nuestro escritor. A su modo, en su propio estilo, a la manera *graciatrinidad* encontramos entre sus resueltas y aventureras letras, entre su reiterado desenfado, unas palabras de afecto, pasionales, unos versos amatorios que ciertamente nada tienen de “fórmulas gastadas. De poemas de amor, - los típicos, repito, / los tópicos, los mismos, los de siempre...” Y para el registro de este afectuoso estudio, y a objeto de que cada lector lo lea e interprete desde su personal perspectiva y situación existencial, ahí va pues ese poema de amor que tantas horas, dudas, tinta y caviles supuso para el escritor y que al final pergeñó, armó, construyó, escribió y comunicó - disimulado y anhelado triunfo de sus letras - para que fuera tan propio y distinto como sus adentros lo requerían:

“El Paraíso debe estar vacío, / si tú no estás, quién va a querer estar, / Sé que andan de tertulia por la puerta, / incluso Dios mira el reloj y fuma / y se hace el remolón hasta que llegues. / Entonces todos entrarán de golpe”.

Sin duda alguna el ansiado sosiego está de vuelta, conquistado el huidizo reposo. Otra vez - a su peculiar y cínica manera - entre murmuraciones y refunfuños, a regañadientes, el poeta acepta: “¡En peores garitas hice guardia! / Así que decidí volver contigo; / tragar saliva, soportarte un poco, / y ganarme los cielos a tu lado. / No puede ser peor que lo que tú / llamaste infierno con tu voz caliente”.

Reconoce el escritor que su nueva realidad es un *Salmo en el tiempo*, un cántico compartido, un ferviente deseo de alejarse de viejas batallas de guerras civiles en receso, de alguna que otra derrota pasajera, que es hora de cicatrizar las heridas sufridas en

las escaramuzas del amor y reconocer que: “Mi tiempo es (...) el tuyo, mi amor, un lugar seco / donde la soledad viste de fiesta, / un paisaje que duerme en las imágenes / que decoran los libros, y bostezo / en las letras, los números, los signos (...) Son jornadas de sombra y de ceniza / que han tenido su fuego y su presencia / y acaban por buscar nuevo cobijo / entre las manos agrietadas, lentas, / entre los ojos que no ven apenas / en las espaldas que se duelen siempre / en las rodillas que besó el cansancio”:

Y para que no quede duda alguna del rigor de sus últimas decisiones pasionales: “Hoy hace veinte años que me aguanta / y a estas alturas / ya se es más cómplice que víctima”, de su voluntad indomable para preservar lo obtenido, para sostener lo tanto codiciado y encontrado: *su bálsamo, su descanso, su pócima, su analgésico, su vasija, cura de amor, la calma, el deseo de estar vivo, arrebatado de estrellas*, Enrique Gracia Trinidad en versos que expresan un decidido arrojo y un enconado ardor por amparar a todo trance a su Soledad compañera más allá de ella misma y de cualquier posible ruptura, despedida, escape, huida, desencuentro definitivo, castellanamente y muy en serio el poeta le advierte:

“Si te vas no te olvides / de acuchillarme antes / para que me desangre sin remedio. / Si te vas no permitas / que yo me quede vivo / y recordando por los dos el tiempo / en el que fuimos jóvenes y hermosos. / Antes de abrir la puerta / hiéreme en el costado, / que mi sangre derrame / cuanto quede de ti si algo te dejas. / Que el último susurro de mi herida / sea ciega memoria y rojo olvido”.

4. José López Rueda: Cuerpo en otros cuerpos

A veces, yo solía tenderme en los graneros
a pensar en los ojos profundos de las niñas
que eran para mí entonces inalcanzables seres
hechos de lo más leve y hermoso de los
mundos,
Me pasaba las horas largamente soñándolas
con músicas antiguas resonando en sus
vientres
y tibias azucenas bullendo ya en sus pechos.

JLR

López Rueda está hecho para amar – “miro el paisaje, miro de repente / tus ojos del color de la alegría / y el corazón me ríe suavemente” —y para hacer el amor— “Yo quisiera llevarme la corza más esbelta; / la más lúbrica diosa, / para amarla desnuda bajo los parasoles.”

El poeta se concibe a sí mismo, en porfiados versos, en diversas circunstancias, yaciendo en ardientes lechos o apareándose en castas páginas, porque la ilusión de la cópula y la imaginación del sexo, en su poesía, pueden tanto como la realidad de la unión carnal de los amantes.

Desde su adelantada madurez sentimental, Adelina Martínez, ocupó el corazón del estudiante aventurero; y precoz se instaló

en la soledad y la memoria del poeta errante, quien la matrimonio en Madrid, por poder, y sólo alcanzó yacer con ella, la solidaria compañera de sus errancias, en paz y a sus anchas lúbricas y afectivas, largos meses después, en Cuenca del Ecuador, por seguir queriendo quererla; mientras espera su anunciada llegada, el escritor, en medio de la neblinosa ingritud andina de recuerdos de la amada se nutre: “pero de pronto ha surgido; / como suave epifanía, / en la inmensa galería /de mis sueños, alumbrada / por una luna olvidada, / tu clara fisonomía.”

Vehemente, aguarda el poeta el ansiado arribo del parsimonioso navío que transporta a la adolescente-mujer de sus andinos desvelos, hasta que, por fin, López Rueda puede alborozarse a plenitud, en besos y versos, con su amor logrado: “Por el vastísimo, nocturno / vidrio los astros se deslizan, / calladamente destellando, / cumpliendo en paz su eterna huida. / De cuando en cuando caen fugaces / estrellas a profundas simas; / por corazón, amada tienes / un nido gris de golondrinas. / hay mil estrellas en el agua / clara y honda de tus pupilas; / rozo el origen de los mundos / al besar tu boca encendida. / Avaramente, locamente, / acaricio tu carne tibia / y en tu aliento de madreSelva / calmo yo mi sed infinita. / ¡Sagradas órbitas del mundo!, / gira mi sangre todo gira, / la mano del amor nos alza / a su más luminosa cima.”

Conoce el poeta que así como hay amores reales y posibles, fehacientes, allá y acá, hay otros que sólo obedecen a la pasión de las virilidades retenidas en “la hora en que los cuerpos furiosamente se entrelazan; / aunque todo es inútil; / es la hora propicia para rumiar los sueños / que nunca se nos cumplen, para pensar en labios que nunca serán nuestros...” La errancia del poeta va sumando nombres quiméricos, cuerpos distantes, labios forasteros, calificativos que sólo se pronuncian con la pasión del lápiz sobre frenéticas páginas que sustituyen deseados lechos y ardorosas caricias, porque el poeta sabe que las mujeres pasan alegres o “tronchadas de quejumbrosa risa.”

Acotada y sin prejuicios es la lista de las pasiones de página del poeta: unas son andinas de pausado platicar, otras caribeñas de rumorosas caderas, incluso hay diminutas chinas de incomprendido hablar y una que otra sajona que vino silente a despertar en la senectud del escritor otra de sus fantasías eróticas. Como un harem de lo imposible, el poeta va seleccionando y regocijándose de sus encuentros de playa, de sus amores de retrovisor, de sus prohibidas pasiones de aula, reconociendo sin melindres que: “Los jubilados pelos que me restan / me transforman en verde papagayo / cuando sueño con juveniles cinturas / que ya me están vedadas.”

No es tan larga la enumeración de las pasiones erótico – literarias de López Rueda, como para no permitirnos compartir el morbo vigente, notorio y resignado del poeta:

- **Tórtola viuda:** No hay nada más apetecible que una viuda joven y reciente que ha conocido a plenitud el pasional ardor de sus entrañas y la oscilación salvífica del orgasmo. López Rueda con esa intuición de hombre que sabe de hembra comenta y se lamenta: “¡Qué nevadas colinas, qué encendido / paraíso de amor y bosque ardiente / hurtas, tórtola viuda, fieramente, / bajo el arcano luto del vestido! // Venus de puro fuego sin marido, / ora extingues tu incendio blandamente, / ora rezas y pones vanamente / sobre tu piel un Cristo dolorido. // Y yo ¡qué noches, violón maduro, / me paso en claro imaginando ardides / para lograr tu más feliz seguro! // Pues con tus ojos de novilla pides / algo que yo podría —toro impuro— / darte muriendo en deleitosas lides.”
- **La criolla rubia:** Este poema delata la saliva derramada por un joven español deslumbrado por un culo y unas caderas que van más allá de lo visto y deseado. Nuestro escritor se deleita con el vaivén sin igual de unas tetas generosas, de unas nalgas bailonas y no se aguanta las ganas de quererlo para sí y para su colección de hembras imposibles: “Con su planetario

/ culo rozagante / y sus dos gloriosas / mamas de aguacate,
/ la rubia criolla / viene por la calle. / ¡Ay merecumbé! /
Sus equinocciales / caderas oscilan / con guasa y con arte
(...) La criolla rubia / cimbrea su talle / de caña de azúcar. /
Un despampanante / lazo azul ocupa / todo el ondulante /
mapa de su grupa. / Con un ritmo suave / se mece su falda, /
campánula errante. / Y sus ojos negros / cándidos y grandes /
bajo sus dorados / bucles rutilantes, / hacen infinita- / mente
deseable / la noche ninguna / de amor que va a darme. / ¡Ay
merecumbé!”

- **Cenit:** Solo en la hora en que el sol deslumbra, y las pieles brillan de juventud y las formas del cuerpo de la joven relumbran con el caer de los rayos del sol al mediodía, el poeta, celoso del oleaje del mar, se extasia y se lamenta ante la indiferente e inaccesible damisela: “Oh doncella de senos semiesféricos, vivos, / como dos juguetones dioscecillos paganos; / oh bañista canela cuyos miembros lascivos / al azul dan ahora lo que nunca a mis manos.”
- **Grace:** En pleno Caribe, dorado por el sol y la cabellera de una nórdica extranjera, el poeta vuelve a sus andanzas de Casanova ignorado, y en sonetos le dice a Grace aquello que su voz acalla: “Pan en bandeja azul, el sol destella, / cuando imprimiendo va sobre la playa / el marfil de tu pie su breve huella. / Casi desnuda bajo leve malla / —guitarra grácil—, tu figura bella / mis fascinados ojos avasalla. // Andas en vagos sueños embebida / raras conchas buscando por la arena / y dudo si serás muda sirena / o la fénix al cabo renacida. // Ronronea la mar adormecida / bajo la vasta bóveda serena / y es tu hermosura —para siempre ajena— / nórdico imán de mi razón vencida.”

El maestro —ahora discípulo— en la misma China, de bellas cortesanas y complacientes compañeras, siente la fascinación de

unos ojos rasgados, de una sonrisa que puede no sea vertical, de una juventud que está más allá de sus ya vencidos tiempos de conquistador ibérico. Convencido de que la pluma nunca declina, de que el poema no necesita yerbas o estimulantes, nuestro ibérico bardo nos brinda dos ejemplos fehacientes de deseos sexuales plenos y vigentes. López Rueda – “sesentón contemplativo” – deja constancia de la seducción que sobre su corazón intacto ejercen unas jóvenes e intocadas taiwanesas:

- **Clase de mandarín:** Si el poeta lo hubiese podido expresar en perfecto y comprensible mandarín, estas propuestas de cama y sexo hubiesen llagado, maduras y ardorosas, a los oídos de su estupefacta y juvenil profesora de chino: “Muchacha de Taiwán que algunas tardes / vienes a verme y a explicarme chino, / posa tus labios rojos como el vino / en los míos sedientos y cobardes. // Muchacha de mirar enamorado / y aire de pajarito misterioso, / entrégame tu corazón mimoso / y toma el mío viejo y fatigado (...) Muchacha de Taiwán, espejo vivo / que reflejas mis ojos y mi frente, / ¿cómo será copiada por tu mente / mi faz de sesentón contemplativo? // No lo sabré jamás, pero sin duda / presiento que guiada por mi mano / a mi lecho vendrás tarde o temprano / esbeltísima, pálida, desnuda.”
- **Akí:** En un bello y juvenil poema amatorio, el escritor, impactado por la dulzura e ingenuidad de la joven china Akí —“la de los labios perversos / y risa de querubín”— le confiesa en sigiloso y métrico poema: “Tan fascinado me tiene / desde que la conocí / que el día nunca amanece / plenamente para mí / hasta que veo la punta / graciosa de su nariz (...) Tan espléndida florece, / tan alegre y juvenil, / que mis penas a su lado / se disipan sin sentir. / Es una rosa reciente / de immaculado perfil / que inunda mi pensamiento / como un bello mes de abril. / Si yo tuviera de nuevo / la juventud que perdí, / daría toda mi vida / por tenerla en mi jardín.”

Pero es Delsi, una estudiante americana en el castellano campus de Bowling Green en España, la que inspira al escritor unos antológicos versos plenos de tan ardorosa sensualidad y sincera resignación que merecen tener un lugar de privilegio en cualquier compilación de poesía erótica.

López Rueda se lamenta y desea: “Delsi, ya mis otoños / no destilan el mosto que solían. / Sin embargo, deseo / a pesar de la edad y de los mohos, / tatuarte en mi piel como una estampa / de cuerpo entero.” Convertido en zoólogo apasionado, en ardiente entomólogo, el poeta le declara a su estudiante. “Eres la caracola cuyo huésped / en su nácar oculto se agazapa, / el ciempiés que transcurre por mi sombra / lentísimo y extraño, / el naufrago que pasa arrebujaado / en pieles de silencio.” Rendido ante la evidencia de la imposibilidad carnal, el poeta reconoce lo ya sabido. “Y como tantas otras, / tú nunca serás mía.”

Calmado el lobo en luna llena, apaciguados los ímpetus de la carne propia y las inevitables atracciones de la ajena; López Rueda regresa al sosiego de costumbre, a los besos y a los senos habituales, al regazo solidario de su Adelina de siempre y hasta la muerte de verdad, para pedirle, con ruego propio y verso quevediano, su último deseo en esta tierra libidinosa, hecha para el placer del coito y la momentánea expiración que implica la incomparable cópula.

“Dulce Adelina, para cuando muera, / muy amorosamente yo te ruego / que mi inerte envoltura des al fuego / y así me libres de la gusanera. // Selecciona un crepúsculo cualquiera, / intérrnate en el mar y esparce luego / lo que de mí te queda: polvo ciego; / y ojalá que esto ocurra en primavera. // Si alguna vez el mar embravecido / lanza a tus pies espuma alborotada, / seré yo que regreso del olvido // con nostalgia espectral de tu mirada: / Sólo oleaje ya, mas con sentido, / espuma fiel, espuma enamorada.”

5. Joaquín Marta Sosa: Amares

Eres un trago de rosas

Para Joaquín Marta Sosa, como para cualquier hombre enamorado, seducido, el amor es inevitablemente una pasión encarnada, un sentimiento con nombre y apellido, una mujer “de cuerpo hermoso” que despierta en el poeta sensaciones desconocidas, estados de ánimo inéditos, emociones no experimentadas pero suficientes para producir desacomodos y desconciertos que llevan al poeta a afirmar que: “el amor es un gran vacío / un dolor cortante / una fatiga intensa, / es la vida toda / azotada / como una tarde feroz”.

Esa mujer que la emoción del poeta seleccionó de entre tantas otras, que tuvo la capacidad de embriagar de pasión al escritor; que irrumpió en medio de dudas y sorpresas, es asumida por Marta Sosa como concreción de vivencias extremas, de circunstancias dolorosas, de experiencias surtidas que conllevan el riesgo de destinos paralelos. Se inquieta el poeta cuando constata que: “Frente a mi primera palabra de amor / nos cerca, te rodea, / nos marca un rumbo disfrazado, / mantiene juntas nuestras manos / en tanto el corazón de cada uno / ve congelar su calor, se enrostra sus errores, / y la belleza que nos era prometida, / que no vimos, / se

pierde por un túnel silencioso, enemistado, / para desconocernos aunque prosigamos”.

Sin embargo, consciente de las diferencias, el poeta se explaya en las similitudes; crea para su amada versos que la asimilan con imágenes provenientes de dimensiones contrapuestas, de orígenes encontrados, de realidades contradictorias. No podía ser de otra manera, Marta Sosa reconoce que la mujer que escogió para que lo acompañara en las vicisitudes de su vida, en sus alegrías y tristezas, en sus angustias y esperanzas, es una “rara imagen de los contrarios unidos, / de los cielos terrenales sin disputa, / de los hechos serenos que nunca son inútiles”.

De esta forma, el escritor, prolijo en comparaciones y sinonimias, compara a su mujer, con “una canción de vino”, con “un trago de rosas”, con “una cosecha de luna”, con “una limpieza de flores”, con “la materia con que los árboles dan estrellas”. Pero como si estas referencias no bastaran, no fuesen suficientes para expresar un amor polisémico, inagotable en imágenes y metáforas, Marta Sosa es también capaz de equiparar a su amada, “recién salida de la luz / recién sembrada por las rosas”, a esa otra que el amor del poeta hace idéntica a sí misma, con “la única sabiduría de su corazón”, con “la sustituta del sol”, con “un gran árbol repentino”, con un “sol lleno de luna”, con “un río de vino”, con una “flor en el mar”, con “una guitarra de rosas”, con una “manzana dulce y roja en la punta de una rama”.

Mujer flor, luna, árbol, sol, agua, corazón, guitarra, fruto, trago, que llegó desde las afueras de la existencia del escritor para instalarse por siempre en la vida de un poeta que abatido, totalmente vencido, reconoce: “llegaste cuando menos lo esperaba, / por eso me perturbas y te pido / que me salves de este desastre que provocas”. Amante que hace que Marta Sosa acuda presto en busca de apoyos celestiales; el poeta convoca a divinidades desconocidas, a los dioses terribles de la noche y la venganza para salvarlo de ese

amor que “cuando aparece derrumba puertas / aplasta y mata / me pone de rodillas”, y lo destroza “como si fuese un huracán”, mientras lo lleva por los aires y lo “derriba contra la tierra dura”, destrozándole “los dientes uno a uno”.

Amor dual, contradictorio, que en muchas ocasiones “no es puerto / ni cobijo”, aunque tiene la virtud de “una rosa callada”, capaz de hacer cantar pájaros en el cuerpo de la amada; de convertir a los corazones en guitarras afinadas, prestas a acompañar la voz de un poeta que, en medio del “incendio de los vinos”, le dice sin remilgos a la escogida, a esa mujer cuyos ojos “son el mar / que invita al viaje del amor”, y le reitera desprendido: “amada / toma todo el amor / que tengo para ti / ahora que entre todas las luces / la tuya es la más alta / y está allí / en el lugar de la luna”.

Rosa de rosas, ola del mar bajo la sombra o sobre el sol, bella, primera flor, rostro lleno de fulgor, en fin, llámela como la llame, denomínela como la denomine, Marta Sosa convoca a su amada, a esa mujer que hace mover el corazón del poeta como “un gran viento de pájaros” para que comparta con él “el lugar de los jardines difíciles”, ese sitio donde el escritor aspira a reunir todas las canciones en medio de serenidades e iracundias, de calmas y tempestades para convocar por igual a la felicidad y al desespero, al contento y a la tristeza.

Marta Sosa testimonia en sus versos un amor que está lejos de la placidez, de la tranquilidad, en el que se dan la mano —contradictoriamente— la aceptación y el rechazo, la bienvenida y el adiós, el sosiego y la desazón; amor combativo que cuando es verdadero “tiene la fragilidad de una gota”. El propio poeta reconoce que en su relación con la mujer que ama, y muy a su pesar: “muchas veces no soy para ti / más que este ramo difícil / de flores oscuras”, y se asusta “cuando tú, de nuevo, pones flores en los escombros”. De allí que disfrute a plenitud de los momentos de esplendor, de las situaciones de grandeza, de esas circunstancias

maravillosas que, en forma de encuentros apasionados, convierten al beso y la caricia en el único entendimiento posible de dos cuerpos que bajo el nombre de “amada y amante son llamadas / candelas de rosas”.

Amor paradójico: paz y guerra, hoguera y flor, tormenta y puñal, que se alimenta de “dos bocas al rojo vivo (...) enterrando el tiempo / mucho más allá de nuestros cuerpos”. Pasión encendida que trastorna los sentidos y sus funciones, confundiendo el cuerpo del amante, haciendo que se alteren órdenes biológicos, funciones fisiológicas que producen un grito proveniente de un silencio feroz, conducen al poeta a confesar apasionadamente que: “nada deseo más que seguir mirándote / con todo mi cuerpo / oliéndote / desde mis ojos y mis manos / mordién-dote en los galopes de mi corazón”.

Pasión sin tregua, alocada, desmedida, irracional, capaz de convertir “las horas / en soles abrasados”, y de transformar el cuerpo de la amada en una *Torre de Babel* donde los muchos lenguajes se transmutan en una sola lengua que, a la luz de una hoguera, disfruta de los pétalos de esa flor única cubierta de agua, de un rocío benevolente que refresca las laceraciones, las quemaduras, las úlceras que genera “esta terrible temperatura de rosas, / un sol quemado en dos cuerpos”.

Amor encarnado en músculos y huesos, en vísceras y órganos, nutriente de sueños eróticos, de eyaculaciones inevitables, de orgasmos ciertos que tienen como detonante el recorrido apasionado del cuerpo de la amada que se transita lentamente con una piel “erguida en gritos” que llega al vientre, a la juntura deseada, al vellón reconocido, para que manos y lenguas se sacudan como “música dulce y feroz”, acompañante regocijada del vuelo de “una abeja perdida / que buscaba su miel”. Sueño erótico que el poeta desea recurrente, repetible, a fin de que la vida sea siempre el mismo ensueño previsible, el mismo cuerpo, identificable,

con nombre y apellido, que permita, en la ahora inútil vigilia, “desatarte el cabello entero” para no soñar más a la amada “con el cabello recogido / mirando a tu derecha”. Sueño hoguera, fogata, lumbre, llamarada, que se nutre del resplandor del cuerpo amado para encender las fugas deseadas, los escapes compartidos en los que los amantes se confunden y se llaman nosotros “dentro del sueño, fuera del sueño, / y contra el sueño”. Por eso, deleitado de sexo y embebido de las fantasías que inspira el cuerpo amado, el escritor confiesa, entusiasta, melodioso, transmutado en guitarra cuya música acaricia senos y sorbe pezones, que: “te he soñado y lo sigo haciendo”.

El poeta le teme a la ausencia, al extrañamiento, a la distancia, a esos alejamientos temporales que podrían convertirse en eternos, en definitivos, en un para siempre. De allí que esos tiempos de ausencia, en los que se está sin la amada, Marta Sosa los califique como momentos perdidos del amor, como frágil y desconocida sombra, como “este corazón que no puede dejar de verte sin temblar”. Momentos aciagos, de soledad, porque “sucede / que estoy en un lugar del día / donde tú no estás”, en los que las horas se transforman en una gran dificultad ante la necesidad que tiene el poeta de contar con la presencia de su amada, con esa figura fulgurante que todo lo ilumina, para iluminarse después, como siempre y como nunca; sin ella a su lado, en su ausencia, el corazón del poeta “se cierra como una ventana oscura”, y su cuerpo “es el de un prisionero / que vuelve a la oscuridad”.

El olvido compite con la ausencia en los temores que Marta Sosa experimenta cuando ama; el poeta quiere “que no lloremos ni supliquemos en vano, que nunca el polvo / cubra nuestras rosas / ni el olvido nos impida buscarnos”. Olvido ingrato, inclemente, capaz de destruir todo lo cimentado y de transformar el amor en reminiscencia pura y simple, carente de futuro. Por eso, el escritor le advierte tiernamente a la amada: “Si tú y yo / nos olvidáramos

/ perderíamos demasiado: / los bellos recuerdos / y, después de hoy, / todos los que serán / bellos recuerdos”.

Amor posesivo en el que Marta Sosa, testarudo y voluntarioso, se erige en árbitro que decide, en juez que sentencia, en amante orgulloso que le enrostra a su amada la certidumbre de que sin él, ella, nada ni nadie es. Y para que no exista equivocación ni malentendido, el poeta le confiesa a esa mujer que es “recuerdo / encendido por todo mi cuerpo”, que: “yo soy / el amor que desde mí / regresa a ti / y te hace idéntica / a ti misma”. Y por si acaso hubiese todavía algún rescoldo de duda acerca de la posibilidad de una existencia autónoma, independiente, que pueda prescindir del amor que el poeta prodiga, éste le recuerda a la mujer de sus ensoñaciones: “Sólo de ti se puede decir / que eres amada por mí. / Eso te hace diferente”. Amor posesivo, negador de todo trance, acto, episodio, que no provenga del poeta, que no se asocie con él y sus querencias, porque después de todo, con la suficiencia y la seguridad del que se sabe amado, Marta Sosa le puede decir a su amada, desafiándola y tranquilizándola a la vez: “Eres muy amada por mí: / ¿qué otra cosa necesitas?”.

Amor excluyente, exclusivo, absolutista, anclado en la certeza de que la mujer seleccionada es la única y siempre será la única, porque el poeta reconoce, sin remilgos, a la vista y a la lectura de todos, que: “yo sólo me intereso por ti”, “es a ti a quien amo”, y que: “Todo está preguntando por ti / todo está preguntando por los pasos de tu corazón”, y en consecuencia, ella, la escogida será “lo único perdurable / en medio de tanto azul / y de tanta mañana limpia”. Mujer de hoy y de mañana, del presente y del futuro de Marta Sosa, a quien éste le confiesa solícito: “Vivo el amor para ti / con todos mis ojos enamorados / desde la primera tarde que te vieron”, y que por eso no puede darle “otra cosa que amor”.

Mujer exclusiva, nombre, cuerpo y rostro específico, a la que el poeta le anuncia, enfático y decidido: “Sólo tú / poblando mi

corazón y mi memoria”, y a la que le propone una vida en conjunto para hacer efectivo el amor a dos, a fin de que la pareja deje de ser concepto, entelequia, y se convierta en una realidad doble, plural, en ese *nosotros* que por siempre será “la reunión de todas las canciones”, incluso después, mucho después, que el fuego de las hogueras iniciales haya mermado, confirmando el paso de los años y la aparición de un amor maduro que hace “vibrar la luz / con la misma canción / siempre nueva cada año”.

Nuestro poeta apuesta por un amor duradero, alejado de circunstancias y contingencias; lo concibe sin límite temporal, destinado a persistir más allá de episodios y tropiezos, convencido “que eras la única mujer para ese amor”. Nadie puede ni nadie podrá contra ese amor “que andará sobre las aguas sin hundirse / por ese milagro de este siglo”, porque el poeta y su amada, en un pacto hidalgo, en un acuerdo por y para el amor, se han convencido de que “la de las rosas / es una sabiduría del tiempo”, y por lo tanto, se seguirán amando “también cuando las cigarras / las flores y el verdor / ya no existan / sino para otra estación remota”.

Amada mortal que, paciente, verá transcurrir el tiempo despiadado al lado de su poeta amante, quien, en el momento de las canas y las arrugas, tendrá todavía suficiente amor para decirle que, a pesar de los años transcurridos, de los inevitables embates de la edad y del cansancio: “prefiero tu cara / que ya no es joven / ni frescas tus mejillas / pero acogen mis caricias de amor”. Amor maduro, reposado, no exento de pasiones pasajeras que se asienta, ahora, en la atalaya de lo construido, en los hijos y los hijos de sus hijos, en una dimensión temporal que reivindica lo permanente; confirmando lo que el poeta ya sabía desde los primeros tiempos de ese amor: “la que tú eres / no ha estado sino en mi corazón / inmóvil y silenciosa / a lo largo de estos días.”.

Tiene predilección el escritor por “tus rotundos senos que el tiempo ha dejado caer”, pero que están plenos, ahítos de sabiduría;

de esa sapiencia que se nutre del tiempo cernido, de las vivencias acumuladas, de las experiencias decantadas, de las circunstancias superadas que son suficientes para que Marta Sosa deseche las calles repletas “de muchachas / y de muchachos / danzando en su juventud”, para insistir, una vez más, en su amada; la escogida en la juventud del escritor que no transita por esas calles de “cuerpos como planetas radiantes”, pero que todavía transmite una pasión serena asentada en un amor que supo aprovechar “la grandeza de las hogueras”, que lleva al poeta a levantar “la copa de amor que necesito” para beberla sediento, goloso, solo y sólo en la “calle donde estés”.

Amor resignado, enfrentado como todo amor humano a la muerte física, a esa circunstancia inevitable que arriba inesperada, sin advertencias, desechando formalidades y llamadas previas, para que lleguen las oscuridades y se instalen las sombras sobre rostros y cuerpos, haciendo que “las grandes danzas del amor, / el trabajo de las rosas, / todo habrá sido en vano”. En ese momento, de ausencias definitivas y silencios insoportables, de hogueras extintas y rosas marchitas, Marta Sosa, el poeta que amó y fue amado, en medio de sus recuerdos y de la felicidad disfrutada en ese jardín difícil que fue su amor, podrá decir, para consuelo suyo y de la amada que ya no estará más a su lado, que continúa siendo “una rara flor sin pesadumbre”.

Décadas después, en lugares otros, en vida aún el poeta y su mujer amada, lejanos ya juveniles arrebatos y encendidas pasiones, Marta Sosa, despojándose de intimidades, realiza un arqueo de ese amor permanente, paradójico y contradictorio, de su jardín difícil: “Más árboles hay después de treinta años / y algo más, / mejores pájaros quizás, / jardines por recorrer o que me asfixian. / Las voces son más suaves: / pero no todo es paraíso, / y no sé porque lo digo pues lo sabes”.

6. José María Muñoz Quirós: Vigencia del amor

Sabrás que en el amor te enturbias
 dulcemente,
 que en tu sangre dorada y tibia
hay un sueño de miel. Que se destila
la flor y el alma añil por tus pupilas
 entreabiertas de paz.
Sabrás que tuve
que encomendar palabras, que el almíbar
es tiniebla o es mar o es sueño dulce
de vivirte y vivir. Sabrás que el oro
de la tarde se va... tras ti no imploro
más vida –amor- más goce inalcanzado
de otra pasión, más luz, más tú, más claro
sueño eres ya. Tengo tu ser en todo...
Siento vieja la tarde (es tan amargo
este dulce dolor de estar tan solo).

Ascensión García Jiménez —como reza la ranchera de Cornelio Reyna— se cayó “de la nube que andaba como a veinte mil metros de altura” para aterrizar, sin emergencias, en los amorosos brazos del poeta terrenal, y convertirse en la inseparable y solidaria Choni, con quien José María comparte ya largas y fructíferas décadas de vida conyugal. El poeta, asombrado y engolosinado por ese amor envolvente y decisivo, extrañado pero jubiloso, se pregunta: “No sé cómo naciste a mi luz. “Tanto andaba la soledad viviendo, tanto / mi corazón adulto, tanto / un síntoma de frío muy interior,

como / los peces grandes de la risa o la nieve, / como la bruma.
Pero naciste / en ese gris dorado de mis ojos, en la / pausa de
mi existencia toda, en el racimo / que ha roto mis entrañas, no
en la / tristeza / (nunca) / allá en la dicha misma donde crezco
sarmiento / o nube en descampado: no en la desidia de mi voz.
/ Muy dentro. Lejos de habitar lontananzas / oscuras. En mi ser
recóndito. En los besos / del corazón. / La llave vieja del misterio”.

Dulce e inteligente, Choni se erigió en el *leitmotiv* de la poesía
amatoria de Muñoz Quirós, quien lisonja en emocionados versos
a la escogida para ser su novia, amante esposa, compañera
de ruta y madre de sus dos hijas: Laura y María, a las que el
papá- poeta dedica estos afectuosos versos de amor paternal: “Os
ha encendido una candela. Llama / clara que en el fluir del tiempo
deja / un lento poso. Os ha brotado el día / en su luz, en los hondos
paisajes / donde viven las horas cuando nacen. / Y yo en medio,
sólo bruma entre tanto / fulgor, sólo un peldaño más en vuestro
/ ascenso, una lágrima más sobre / la cadena tristísima del barro
/ en la costa de vuestra edad. Me quedo / con los restos ocultos
del camino. Late / en mí una presencia tan gozosa / cuando os
 nombro. Después viene la noche / a cerrarme la boca. Estoy alegre
/ de veros sucesión de mis sucesos, / vida en mi vida, claridad
y fruto / donde para naceros me consumo / en la playa perdida
de las sombras”.

Rememora el poeta el encantamiento experimentado en los
albores del bienvenido enamoramiento: “Tus ojos sí, tus ojos
fueron agua, / dos alacenas de nieve derretida, / y fueron algo
más, y fueron lluvia, / como en la tempestad son viento estable
/ en la espaciosa razón de lo baldío. / Tus ojos fueron más, tus
ojos nido, / dos inminentes alas de jilguero, / caducos sueños de
abrazar la aurora, / tus ojos fueron paz, tus ojos brisa, / corola
de alma transformada y leve, / silencio rubio de palomas lentas,
/ tus ojos fueron clemencia de gaviotas, / tus ojos algo más; la
noche / tus ojos algo más; playa de espanto. / Como si con tus

ojos se viviese, / como si con tus ojos todo fuera / un mundo en aluvión, razón de nube, / jacinto en soledad, fuego de ensueño, / tus ojos algo más que un precipicio, / tus ojos brizna y sed de años de almendra; / tus ojos tempestad, tus ojos calma”.

No sólo los ojos de la amada iluminan la poesía de Muñoz Quirós, quien trasmutado en amoroso cartógrafo recorre igualmente el pecho, la espalda, los pies, “el reloj de unos brazos / en dos grandes agujas / de rutina vertida en solitario / sesteo de inocencia”, y, en especial, las manos, esas que acaricia y lo acarician. Manos únicas, señeras, concreción de una pasión amorosa que recorre —con versos apasionados—, de arriba a abajo, de abajo a arriba, el cuerpo elegido y deseado: “Si no mirarte, poseer tus manos: / ellas se me abrirán como mapas de luna, / irán reconstruyendo un mundo forma a forma / hasta recomponer tus ojos como cárceles. / Hasta asirse, en los viejos palacios de tus hombros, / serenar la esperanza que habita en descampado, / reventar el instante perenne de un oasis / frente a tu ser conmigo solejar de rutina. / Si no mirarte, habitar en tu casa”.

Reconoce la pareja que el Amor con mayúscula no existe en la vida real, es más un tema de telenovela, de novela rosa o de folletón, así que su amor lo construyen *carpe diem*, minuto a minuto, hora a hora, día a día, con el firme propósito de evangelizar los pequeños instantes y que sean grandes momentos para su posteridad, lo nimio en trascendente, la cotidianidad en viático de la vida eterna. La intimidad de los amantes no es sólo de alcoba y cama, de coito y beso, el poeta lo registra en versos que exaltan el placer de la intimidad de lo cotidiano, la necesidad de rescatar la pachorra, el lento pasar del tiempo para poder degustar verdaderamente del amor: “Quien no sepa / que esto es el gran tributo que pagamos / a escuchar a Beethoven en estéreo / a tomarnos la vida tan aprisa / que hoy es allí minuto y pronto es noche, / tributo solidario / a leer lo inocente de unos ojos / a la vez tan difusos y ensoñados / que son dos celosías. / La imposición es ardua / y este vivir es tan

apresurado / que no sé si es un largo escalofrío / la respuesta a una nada y a un coloquio / con tus necios misterios y tus horas, / con la necesidad de estar depositando / siempre la vida y siempre sin descanso, / ahora que el reloj del amor está incesante / como un diluvio de cristal sobre la vida / y viene mayo a regalarnos flores / igual que otras distancias y otras veces. / Imposible seguir: / vivir este destierro de las cosas / es añorar vivir siempre a otra altura / de la orilla inocente del secreto / que deposita el día en su regazo. / (La cadena se rompe / cuando una llave tibia de impotencia / cierra mi corazón una mañana)”.

Nuestro poeta insiste en la cotidianidad del amor, rescatando para la historia del suyo y el de su amada, momentos, instantes, episodios, situaciones, santiamenes, bien alejados del lecho amatorio, del canapé confidente o del sofá de la secreta y bienvenida intimidad del nido de la pareja. Muñoz Quirós espía a su adorada y en un canto a lo habitual, a lo frecuente, convierte a esos actos domésticos en apariencia rutinarios e intrascendentes en un verdadero “destacado – en sí”, una poesía existencial “de su aquí y ahora”, y comunica: “Detrás de los visillos he mirado / tantas veces tus ojos cuando tiendes / en las cuerdas la ropa. Un río fluye / en el eco del patio, en la corriente / que sostiene las prendas como cuerpos / que hacia el alba murieran desterrados. / Cantas Oh Sole Mío y silbas luego / volviendo a tus quehaceres sin descanso / cuando te escondes en la sombra oculta / para después volver, bella durmiente, / a la cita que tienes a mi lado. / Las sábanas tan blancas dejan huella / de un cuerpo que no advierto y que adivina / el camino profundo de las noches / sobre la tela abierta en descampado / y hasta me huele a flor toda la brisa / que despliegan sus alas como pájaros, / ¿Quién las llena de luz y de caricias? / ¿Tal vez es sólo la impresión callada / de que lloran palomas de un verano? / Este jueves están tus ojos quietos / como cárcel de azul sobre la niebla, / y se desprenden pálpitos de miedo / en la textura blanca dibujados. / Otea el sol las ropas de tu cama, / las va llenando de caricias nueva / para que tú las cojas,

para luego / cuando sueña que estás en las riberas / adormecida
por su dulce abrazo. / ¿Qué rostro se presiente en esa almohada
/ que has bordado con flores en la nieve? / Hay risas y hay amor.
Sobran estrellas. / No he podido saber por el embozo / quién
sueña allí, quién duerme todavía. / Cuando el lunes despierto estás
asida / al cordel de ventana en la ventana, / tiendes esa camisa
que ha cubierto / un torso más, ¿qué cuerpo allí latía / enigmática
forma? ¿Qué destello / de su piel hay ceñido en ese cuello / que
puedo adivinar? Yo, vida mía, / naciendo en las entrañas de tus
labios / todo beso y cristal, todo amarilla / soledad importuna. Y
tú ¡qué inmensa / pervivencia del amor! Pasan los días / y no has
vuelto a salir; están las cuerdas / tensas de soledad como las vías
/ muertas del tren: dos pájaros oscuros / graznan en libertad no
sé qué extraña / sensación de una triste melodía”.

Condenado por su amor, por el amor, convicto de una pasión sin
argumentos ; reo de las manos, los ojos, los labios, los brazos, el
torso, los senos, los codos, las piernas, los tobillos y de todo el
anchuroso material reservado que desvela - sin simulaciones - en
poemas eróticos y amatorios como éste: “Tú me acostumbraste /
a pasar cada viernes como un sople / entre las sábanas usadas /
del viejo apartamento, / a levantarme al alba y muy deprisa / para
llegar hasta mi casa / por la secreta escala y en silencio / huido por
las horas transcurridas / en el lecho de entonces / donde al final
tú siempre me decías / quédate un poco más / y sin embargo / se
hacía imprescindible, ciervo herido, / salir sin ser notado, y bien
lo sabes / que tú me acostumbraste / a esa luz que embriagaba
mis sentidos / con una intensidad sin horizontes, / la firmeza
del cuerpo cuando escribe / las palabras más bellas en la oscura
/ noche que he navegado sin desvelo, / plenitud que me acerca
hasta la orilla / de los caminos de la carne y tiembla / aún más en
el cenáculo del viento / cuando gime también mientras nos ama.
/ Y es todo a lo que tú me acostumbraste, / ni un centímetro
más de otra manera / distinta de saber cuánto me llenas / de esa
costumbre fiel de estar contigo”.

O como este otro en el que el poeta sucumbe, experimente “*la petite mort*” en la húmeda hendidura de la amada, en las jugosas profundidades del cuerpo apetecido y disfrutado que lentamente se torna en fugaz y delicioso recuerdo renuente al olvido: “Ese cuerpo se entrega ávido y firme, estremecido, / se entrega en la inquietante serenidad de quien suelta un pañuelo / a un viento sin contornos, a la plaza despierta en toda su largura / de tumulto y espacio: Ese cuerpo recibe toda luz que la tarde / sabe entregar corpórea, mensajera de frutas, nidal de acaricable seda, / como quien firma un sueño para no desprenderse de sus líneas / dibujadas en humo. Ese cuerpo se entrega / remansado y futuro como un árbol que duerme / y no da sombra, y nunca ha dado sombra / ni tan siquiera cuando fue rama plena de frutas otoñales, / pero presente que su corteza sostiene todo el peso / de un viento que naufraga, de una tensión de espejo, / y presente que su desnuda realidad es un rito / que no puede troncharse sin espanto. Ese cuerpo / se entrega dulce y firme, resurgido del sueño, / hecho verdad en su rutina, desenfundado de su máscara / para habitar el mundo que la línea perfecta de sus formas / asemeja un paisaje, es igual a los mares, se identifica / con los rostros de una ciudad perdida en el fondo del viento / y deja de ser cuerpo para volar despacio en el olvido”.

Muñoz Quirós acude indefenso, desarmado, a pecho y corazón descubierto, impotente, maniatado por el cortesano amor, al patíbulo donde —sin compunciones— se sacrifica por el honor de su entrañable amada. El poeta lo hace gustoso y a conciencia; saborea su aceptado castigo, sin masoquismos se regocija en el cabal cumplimiento de la sentencia condenatoria. Sin apelaciones ni recursos de alzada ante supremos tribunales, el bardo confiesa:” Estoy pensando en ti, todos los días, / a todas horas. Sobresalto en la noche, / y clara lucidez por la mañana. / Me machacas de ti. / Intento poner orden a mis cosas / y no encuentro la forma, / más bien un caos me abruma / pensando sólo en ti; / desarmándome en ti (harto pronombre / ya que yo quisiera / que fuese desterrado

a la condena / de lo desconocido), /pero sigo pensando en ti, /
más en ti, aún mucho más, / obsesivo y distante, cercano / cuando
anhelo / dejar atrás tu nombre, destruir / las sílabas que forman /
tu identidad sin más, / inenarrable gozo si pudiera / alejarme de
ti, / y que tú solo fueras esa imagen / que la noche ha escondido
en los recodos / *últimos del olvido*".

Muchos y buenos son los versos de amor del poeta abulense,
no son canción desesperada, balada de circunstancia ni mucho
menos tonada baladí. La esperanza los envuelve, extermina los
intrincados misterios que amenazan al amor. Cruzado en pie de
guerra, caballero andante de su pasión, acude —en caballo de luz
y con su espada de alba en mano— a derrotar las sombras aciagas,
las impertinencias de la negrura, los disfraces de la envidia y los
tapujos del fingimiento.

Victorioso y esperanzado, salino, alado y espumoso, en plena marea
alta de su amor, jubiloso escribe.

*Yo he sabido que el cuerpo
era sólo el reclamo
que habita nuestros actos, un nuevo
juego
que la vida te ofrece,
las alas que nos sirven
para poner en marcha cada vuelo,
el inútil sopor de un organismo
que va hacia el mar del mundo lentamente.
Pero no es verdad:
bien he sabido
que sus pisadas suenan,
que su peso*

*es el peso del tiempo,
un manantial tan hondo como el hombre,
y que la vida asoma
a las ventanas dóciles
si se abren,
a los balcones anchos
si se espera.*

*Porque al final
el horizonte es uno y solamente
esa línea fugaz duerme y escribe
nuestros nombres al borde de la noche.*

7. Guillermo Morón: El gallo seductor y las mujeres seducidas

El amor no es una epidemia, el amor no es un hábito, quizás el amor sea una rosa y un clavel, una amapola, un cundeamor, una flor amarilla del camino...

GUILLERMO MORÓN

La seducción es la tarea favorita del ser humano, en permanente celo, sin su ejercicio y ejecución no tendría sentido la vida ¡Vive la différence! dicen con erótica razón los franceses, esos francos que tienen el gallo como símbolo de patrio orgullo ancestral. El jactancioso gallo galo canta *cococorico* y no *kikiriki* como los pendencieros gallos de Carora porque el calor y el diablo alteran todo, hasta la onomatopeya, incluyendo también las hormonas de hombres y mujeres que sólo se reconocen mujeres y hombres en la cópula bienvenida, en el orgasmo compartido, en el coito que diferencia e integra a la vez.

Francisco nos traslada con reales y vividas imágenes, sin metáforas pudibundas, sin parábolas puritanas, sin alegorías mojigatas, a una sexualidad ajena y personal que pone sobre la página saliva, sudor y semen cuando de sexo puro y simple se trata, así como candor, inocencia e ilusión cuando es un adolescente enamoramiento el

conductor de sus letras. Amor con sexo, sexo sin amor, ejercido por un gallo inconfundible, con G mayúscula, acicalado con doradas espuelas y soleadas crestas que adornan sus galantes dotes de caballero andante, y sus recias habilidades de jinete en la montura de su negro caballo moteado y de las incontables mujeres de diferente sabor de boca, tamaño de pie y color de tez que bien hablan de su canto cumplidor en corrales criollos y de ultramar.

Conoce el escritor que en sus recatados caseríos, en las reducidas comarcas, en las menguadas villas interioranas, el sexo, su placer y su disfrute, el personal y el de contárselo a los demás compinches que escuchan embobados las aventuras sexuales reales e imaginarias del adolescente fanfarrón, es una sucesión de actos que va *in crescendo*: se inicia con la candidez de la imaginación, continúa con la reiterada paja, aumenta con el polvito fugaz con las puticas del pueblo y se consolida con el orgasmo adulto con la puta de verdad, la sabia y sabida, la amiga y respetada como tal, antes de ser oficio plenamente conocido para ser ejercido con maestría con cualquier hembra aquende o allende.

Dejemos que la pluma de Francisco sea esta vez la chula, la alcahueta, la pantalla de nuestro voyeurismo, de esa curiosidad malsana, pornográfica sin dudas.

- **La imaginación de la cópula:** Figurando la relación con la hembra comienza la práctica del sexo: “Francisco liquida el sueñito y sacude la perezosa, cuando el brazo derecho se libera de su oficio de almohada y su brazo izquierdo resiste la tentación de conducir la mano a la ingle, a esa palomita lampiña, como una tripita estirada, el cuello y el pico de una tortolita con sus dos huevitos en el nido, entre las piedras calientes del segundo patio, donde las tortolitas se picotean, se tocan las alas, se jurungan las plumas y hacen sus cositas para poner huevos en sus nidos donde nacen los pichones.”

- **La paja:** Ampliamente practicada por adolescentes y adultos sexualmente estimulados por un sueño, una imagen, una lectura, un recuerdo, una conversa, unas ganas momentáneas, un picón, una teta de mujer, un vellón púbico, unas nalgas paraditas, también conocida como Manuela, la puñeta, o amor propio en las comarcas carorenses y cuiqueñas, en todo el país, es el recurso más literalmente a mano con que cuenta un apasionado varón púber e inexperto como Francisco, a fin de catequizarse en la muerte pequeña del orgasmo: “— Chelena me enseña las piernas, Antonio. - ¿Y el culo no te lo enseña? - ¿Cuál es el culo?, vale. - El culo, pendejo, cuál va a ser pues. - Tú dices las nalgas blanquitas de Chelena. - No, chico, el culo es lo de adelante, por donde se coge a las mujeres ¿tú no has cogido a Chelena? - No vale, cómo me la cojo, yo no sé coger, Antonio, por eso me hago la paja de noche, en el patio, cuando Chelena me deja verla desnuda. - Y Chelena deja que la veas desnuda, en el patio, ah diablo, y no te descubren en la casa.
- **Las puticas:** Orgulloso y conocedor informa el Jefe Indio de la cuerda de Francisco en la villa: “las putas de Carora son las siguientes, en primer lugar, la Vieja Zoila que cobra un fuerte por fila de a diez, Dorita Lamedada que hace la paja gratis en el cine Salamanca a todo el que se le arrime, La Loba que deja la marca de sus fuerzas con los arañazos donde se quiera, a real por arañazo, Angélica en Campo Lindo, detrás de la planta eléctrica, a un bolívar, la Goya que tira en El Matadero, detrás de la quebrada, sólo con goditos porque cobra dos bolívares y si el godito es poeta se lo da gratis, como Luis Alberto La Lagartija, la Güicha no se acuesta con mocosos, sólo viejos, godos y ricos (...) quién más, Jefe Indio, sigue, se levantó el griterío de la república de los muchachos de la Plaza Bolívar, La Cara —e— chivo, mamá de la Loba y su maestra, y por último, la que tenemos reservada los jefes como yo, Bartola La Bellísima, alta color claro cariblanca, en el Barrio Torrellas. Cuando terminó de hablar Oscar Oviedo la república de

los muchachos del sexto grado no aguantó más, a carcajada batiente (...) salió corriendo todo el mundo (...) a vagabundear al río; corrió toda la república hacia los resbaladeros del pozón La Rosa, rápido, vuela a cogerse las putas de Carora con la imaginación, pintadas en el barro a la orilla del río, total ya vamos a ser hombres y al carajo los Obispos.”

- **La puta amiga:** Sin lugar a dudas, sin vacilación alguna, este sitio de honor le corresponde a María Casquitos: “para qué nos vamos a hacer la puñeta si para eso está María Casquitos”, la prostituta amiga, quien lasciva y conocedora, “escucha atentamente y sabe. Ese ruido, esa algarabía, ese tropel es ciertamente suyo, el que a ella corresponde porque ya va a ser mediodía, de una parte, y porque hoy es sábado, de la otra. María Casquitos se alborozó, levanta orgullosamente la cabeza, alza sus hermosas orejas tibias, cubiertas de un vello fino y blanco, las cálidas orejas de María Casquitos quieren cantar con la risa de su fiesta. Cuando siente la cercanía de sus amigos todo el cuerpo de María Casquitos se pone tenso y en posición de jolgorio. Mueve las piernas, las levanta, coquetea con ellas, estiradas, redondas, María Casquitos saborea el juego semanal, los gloriosos sábados en medio de sus amigos. Ellos, los amigos, aman el tiempo de estar con la amiga, en la sombra de los cuíjes, cerca del río, el calor se amortigua por el ruidito suave del agua turbia, arenosa, perezosa (...) En cuanto los oye venir, en cuanto los siente llegar, corre, en trote ágil, en altivo galope sensual, hacia el lugar de la cita. Nunca permite que ellos lleguen antes. María Casquitos es gentil, buena anfitriona, delicada en sus modales. Ella estará en su casa a la ansiosa, hermosa espera de sus amigos, los muchachos de sexto grado de la Escuela Egidio Montesinos.”

En las comarcas de Trujillo, por los lados de Cuicas, Arenales y Las Virtudes, por Carache, Chejendé y hasta los lejanos Puertos de Altagracia en el estado Zulia, quien anda suelto no es el Diablo

como en Carora, sino El Gallo de las Espuelas de Oro, muchas veces confundido por crédulos, inocentes o ignorantes con otros seres, animales, entidades fantasiosas, bragueteras y culiadoras también, que se dan a la tarea de preñar mujeres advertidas o carajitas sin advertencia, aquí, allá y acullá. Francisco explica prontamente cuáles son las características y habilidades de esos personajes para que, en ningún momento, ni por equivocación, sean confundidas o comparadas con el inimitable y exclusivo Gallo de las Espuelas de Oro, el de El Tendal. Aclara el escritor hechos, circunstancias y personajes que pudiesen prestarse a confusión:

“Teresa Querales oyó, como si viera, cuando **El Salvaje** tomó posesión de Teresa Querales, allí mismo, sobre las hojas de maíz, sobre las tusas apiladas, sobre el maíz desgranado. Llegaba la hora de morir, cuando El Salvaje, silencioso, salía del monte, a la hora del desayuno tardío, a tomar posesión de Teresa Querales. Entonces se repetía la historia, eternamente, Teresa Querales dejaba la sala, Teresa Querales dejaba la cocina, Teresa Querales dejaba el patio y volvía a estar cada una en su sitio, quince años, preparadas para cuando volviera El Salvaje desde el monte a lo suo.”

“Estefanía Carrasco baja a la quebrada, donde el agua es más limpia que el agua de la pluma pública. Estefanía Carrasco es mujer silenciosa, ni chispa de embusterías en su boca. Estefanía Carrasco sube a su casa con la tinaja sobre el rodete de su palo negro, que cuando se suelta el pelo le llega hasta los tobillos, La mano derecha de Estefanía Carrasco está abierta sobre la panza de la tinaja, qué palmera ni qué palmera, un arco iris el brazo. **El Silbador** silbó a Estefanía Carrasco y sin tocarle una uña la dejó lista para parir.”

“Ramona Trompetero vive alegremente. En su jardín que está en los maceteros, en las paredes, en los techos, hay magnolias. Las palchacas, grandes como auyamas, saben a vino crudo o más bien será a chicha vieja, no lo sé. Pero Ramona Trompetera no es

mujer de soledades, Vive con mucha gente en una casa entejada, enladrillada, empuertada y enventanada, de Arenales. Muchos ojos siguen sus pasos por todas partes. Pero nadie vio al **Chivo Negro** que en el trapiche de enfrente encontró sola a Ramona Trompetero.”

“El gallo de Filadelfa Ramos se llama **Pico de oro** porque tiene el pico amarillo; también son amarillos los ojos”. Aclara nuevamente Francisco para diferenciar y poner los gallos en su sitio, que este “gallo rijoso, pataruco, muy picotero, muy bravo, pero que no sabía coger gallinas ni cantar : Era (...) un gallo clueco, se conformaba con poner las alas tiesas, alzar la cabeza, como si se preparara para la pelea del amor, como si quisiera hacer creer que era capaz de enfrentarse a otro gallo; su rijosidad era sólo aspaviento” no tiene ”nada que ver con el **Gallo de Las Espuelas de Oro y de la Cresta de Oro** que sale en el Tendal.”(las negritas son nuestras)

Ciertamente, no existe en gallinero alguno del planeta, del sistema solar, Gallo como el de las Espuelas de Oro y la Cresta de Oro. Dejemos que Morón, en esta suelta, alabanciosa y elocuente cita nos describa, caracterice, precise, ordene, las virtudes y dones de este libertario trujillano que no soporta corral y no hay gallo que no le tema ni gallina que se le resista: “Es un gallo muy fino, siempre derecho, limpio, tiene el pecho colorado, las plumas de las alas son negras, el lomo plateado, los ojos brillantes, alumbran de noche como si fueran dos candelas en el cielo; el Gallo de las espuelas y de la cresta de oro tiene su casa tejida por rayos de sol en lo más recóndito del monte (...) el gallo vive solo, tiene la particularidad que nunca duerme, ni de noche ni de día, pero no le hace falta el sueño, siempre está fresco y descansado, por el día no duerme y por la noche no duerme porque su casa está hecha con rayos de sol. El gallo de las espuelas de oro se gana a todos los gallos (...) Otras veces el Gallo de la cresta de oro se aparece en los pueblos donde hay fiesta (...) se aparece en forma de hombre, con flux de lino blanco, zapatos negritos y brillantes, la blusa cerrada con

quince botones de oro, un bastón también de oro y lo que es más lindo, con todos los dientes de oro, en la noche no hacen falta las luces en la sala de baile porque el Gallo de El Tendal, como si fuera un hombre, ilumina todo, y canta y baila y habla como si fuera un bachiller el condenado, cuando se fue de Las Virtudes dejo preñadas, sin que nadie se diera cuenta a todas las mujeres del pueblo – *menos a la Niña Chita para quien no tuvo canto el gallo, ¡hélas! acotamos nosotros* – porque el Gallo de las espuelas de oro es un gran empuñador, todos esos muchachitos blancos y pelo amarillo que hay entre El Vigía y Arenales, y por los lados de El Empedrado y todos los muchachitos pelo amarillo de Carora y de Trujillo que a veces vienen a pasear en Cuicas, es porque el Gallo de El Tendal echa sus caminaditas por esos mundos, porque entra a las casas aunque las puertas estén trancadas, las ventanas bien cerradas y aunque no haya ni un resquicio en el techo de las casas, el gallo de las espuelas de oro y de la cresta de oro es el mismísimo diablo que tiene su casa de sol en lo más tupido del monte, en El Tendal.”

Con la madurez de cama y lecho en el texto, la experiencia orgásmica en la carilla, la diversidad femenina en su respectivo catálogo, los sucesos de chinchorro y las aventuras de hamaca bien documentados, el escritor aprendió en sus avatares de gallo rural, citadino y cosmopolita que mujeres hay muchas y variadas, empero, al final, hay sólo dos categorías de hembras en el mundo: **las que están muertas y las que se dejan seducir**, con excepción por supuesto, de Doña Helena la Pelona “que siempre está escorada en la ventana de su casa de la calle Bolívar, cerca de San Juan, con su camión blanco, las manos alargadas, sin dientes, coco raspado (...) los muchachos le tienen pavor a Doña Helena la Pelona, pero no pueden dejar de atender a la pobrecita que lo que está es loca porque la dejaron soltera sus papás y sus hermanas que sí se casaron esas condenadas dice Doña Helena con sus ojos saltones,” o de “Carmencita Zubillaga, la más dulce de las mujeres viejas, Francisco incluso escucha su rezo, la ve cubierta como si estuviera en la Iglesia, con su rosario enredado en la mano derecha, una casa

sombreada, de paredes gruesas, olorosa a pan fresco, con algunas flores cerca del comedor, las dos Zubillaga, viejitas, bellas tan feas de rostro que no se les nota de buenas que son, viven todas allí con sus recuerdos (...) Carmencita Zubillaga la más bella de todas las feas de la ciudad antigua.”

Francisco, lenta, pacientemente, a fuerza de precaria memoria y con el prodigioso condimento de la imaginación, va construyendo, una a una, su personal e intransferible catálogo de las mujeres, de las suyas y de las ajenas. Son el gozoso inventario de las aventuras cortesanas, verdaderas y de ficción, de un gallo tricolor que voló alto, más allá de las nubes, como cóndor paramero, para cruzar primero el mar por donde llegó en carabela el primer Morón por los lados del Tucuyo, y después a más altura todavía, a toda ala, cruzó la mar Océano para arribar al Puerto de Palos, donde se inició la temeraria travesía que le permite ser lo que ahora es: caroreño, cuiqueño, venezolano, gallo de El Tendal.

Muchas son las historias de lecho y cama que Francisco Casanova recoge en sus memoriosas y eróticas páginas para lujuria ajena: nombres, lugares, nacionalidades, color de piel, maneras de tener sexo, *de hacer el amor*, y las insólitas y variadas tácticas que utiliza el gallo dorado para que las gallinas cacareen de placer, en diferentes idiomas, pueden ser apreciadas en este plural Catálogo de las mujeres, que es también el elenco de su varonía.

Acompañemos al Gallo de las espuelas y la cresta de oro, en su vuelo por vetustas huertas, olvidados caseríos y ancestrales cortijos, donde quedó servida en algún fugaz gallinero una mujer de sonoro nombre, fruto de un picotazo aquí, de un aleteo allá, de un revoloteo más allá, en fin, de ese irresistible canto mañanero y seductor que despierta y aviva las ganas de yacer con hombre en la mujer, porque así como hay beatas y santas, vírgenes y feas, doncellas intocadas, también las hay, aquí y allá, en Arenales, Cuicas, Carora, en Londres, Múnich o París, féminas brinconas y

alebrestadas, indómitas e insaciables, ninfómanas con vocación de amante efímera, de puta de oficio, gustosas de variar de lecho y de disfrutar a gusto, toda para ella, de la paloma pelada, de la pinga enhiesta, de la rígida tranca : “Fue así, día a día, noche a noche, como Juan Pérez se acostumbró a Olegaría Marchena. Pero el amor no es una costumbre. El amor es el amor. Como el sexo es el sexo, esa cuchumina que yo tengo es independiente de mi voluntad, está ahí, se duerme a veces, pero despierta a cada rato y yo no sé lo que le pasa, como una culebra se despierta, como una gata se despierta, y se pone a gritar sus groserías y a llamar al hombre, a cualquier hombre, la soledad es como una gran sed, como una candela, yo siento cuando la cuchumina se despierta, no soy yo, es mi cuerpo, yo tengo que trabajar, yo tengo que barrer la casa y el patio y la culata, agarro duro la escoba y barro, y barro, y cuando todo está limpio y oigo berrear esa lavativa que no está dentro de mí, pero sí está, como el diablo, como calcula que es el diablo, calcula maldito convertido en cuchumina, independiente de mi cuerpo y de mi pobrecita alma, tendré más bien sólo el cuerpo, el alma es la cuchumina que no se queda quieta, que arde como una brasa de guayabo, arde, arde, días enteros, sin llegar a convertirse en ceniza, yo quiero apagarla, le digo ternezas, cuchumina bonita, estrellita azul, pajarito del monte, caballito del pozo, mariposita amarilla, pedacito de arepa, y como ella sigue con sus ladridos, la insulto, piedra negra, pozo oscuro, perra caliente, burra sin burro, bosta seca, yagrumo, gusano, y ella vive, late, grita, furia que no soy yo, menos mal que llegaste Juan Pérez porque la cuchumina no me deja trabajar.”

Cuenta Francisco que en sus mozos años de escuela rural conoció a Jelitza, muchachita honesta que “asistió a la escuela con espantosa puntualidad (...) En el primer grado Jelitza asistió a la escuela con silenciosa puntualidad (...) En el segundo grado le ocurrió a Jelitza un solo cambio importante. Y fue un lacito azul agarrado en las greñas del lado izquierdo (...) En el tercer grado hubo cambios relevantes en la personalidad de Jelitza, indicadores de

su futuro y buen porvenir. Primero y principal Jelitza se peinó, una raya blanca, con tiza, en la mitad de sus dos crenchas que no eran trenzas. Segundo y muy importante el lacito azul creció como una mariposa y cambió de lugar, entre la derecha y la frente, en un difícil equilibrio. Y al camisón de Jelitza le nacieron pliegues y un faralao verde como amarrado, más que cosido, en algunos puntos del ruedo. ¡Notable cambio en Jelitza! En el cuarto grado se pudo notar cómo se abultó la barriguita, otrora plana, de Jelitza. Fue el comienzo de una radical transformación, ocurrida en el quinto grado cuando Jelitza se puso verde en lugar de morenita; se le rompió el camisón y le colgó el faralao. La barriga de Jelitza trastornó el orden de toda la escuela hasta el final (...) En el sexto grado la naturaleza hizo sus operaciones. Los puntos clave de Jelitza llenaron de asombro mis preocupaciones y un cierto desasosiego se posesionó de los varones más altos de la escuela. La mamá de Jelitza (era de nuevo diciembre) me hizo de nuevo el reclamo. Ella estaba tranquila con sus lombrices. Ahora no para de hombre, porque ya cogió el oficio.”

El Gallo ya no vuela alto y altivo como antes, ahora más bien planea y evoca, no madruga, duerme la siesta, se acuesta tarde, añora, se entremezclan, se le confunden, las hembras y las circunstancias, rememora, gallina criolla menos, gallina forastera más: la insípida belga, la frígida bretona, la bizca germana, la pícara parisina, la virgen inglesa, la mullida alemana que no pudo montar Francisco porque no se le paró el pico y se le fueron los gallos, la complaciente rumana, la olorosa italiana, la rústica magiar, la sapiente salmantina, la chismosa catalana, la ruidosa andaluza, la gala con morbo, ¡zápe! Francisco reconoce sus falencias y angustiado se pregunta: “Yo conocía los nombres. ¿Por qué los habré olvidado? Había especialmente uno de ellos, los nombres. ¡Si pudiera recordarlos! Debo escribirlos, como hacía ella, en papelitos recortados, en los márgenes de los libros, en las orillas del periódico, en pedazos de sobre cuyas señales ignoro, en programas de teatro, en la parte en blanco de propagandas sin interés, debo escribir los nombres

olvidados”. Y un nombre con apellido acude lejano desde el caserío de Cuicas para acompañar a otro también remoto procedente de la villa de Carora, llegan súbitos ambos para aletear los recuerdos y lagrimear el texto, el Gallo a sus ocho décadas “se empeña en darle rienda suelta a la memoria hija de la imaginación” y por azar deliberado aparecen juveniles, bellas, risueñas y vaporosas:

- **Imelda Moraúr:** “tiene el pelo rojo. Cuando se suelta el moño de ir a la escuela, muy bien tejido y aderezado con un lazo rosado que no termina de encajar en la cabeza toda colorada, como la cara, el pelo rojo de Imelda Moraúr se riega como un chorro de candela por la espalda, por los hombros y por los pechos de esta carajita de catorce años. Levanta el rostro y se ríe sin carcajada. La boca está hecha de pomarrosas. Es ronquita su voz para echar los cuentos de aparecidos y para repetir las historias de los libros de primaria. Imelda Moraúr llena toda la primera página, con moño y sin moño, camina con la cabeza levantada, piernas firmes, llenas, adosadas al cuerpo de guayaba pintona. Un día Imelda Moraúr esperó a la puerta de su casa, sin rubor. Se había soltado prematuramente el pelo rojo. Estaba allí, en la puerta franca de su casa, como una estrella. Imelda tocó mi rostro con ambas manos. Desde entonces no he vuelto a llorar con tanto gozo.”
- **Hilda Romero:** Francisco, Guillermo, el Gallo, también lloró, ya no de gozo sino de nostalgia, la tarde en que recuperó del olvido a Hilda Romero para ahogarla por siempre en el festivo pozón caroreño de sus más juveniles ardores. Recuerda el escritor: “la casa de Hilda Romero no está en la calle de San Juan (...) Encima del dintel, así se llama en Carora la parte alta de las puertas, del contraportón no se encuentra una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, pero sí un letrero pintado por el propio Pastor Mister Jordán, tarea que lleva a cabo cada vez que logra conquistar a una familia entera para su Iglesia Nueva de Jesucristo. El letrero está pintado con letras muy claras y

alargadas, recta la leyenda y no en arco como se pone en las casas tradicionales y católicas: ésta es una familia católica; en cambio el letrero de Mister Jordán expresa una propiedad especial Dios está en este hogar evangélico. Esto significa que Hilda Romero se bautizó dos veces, la primera en el pueblo de La Candelaria, en La Otra Banda” y la última de cuerpo entero en el Pozón de Chicorías.

“Mi querida Maricuca hoy cumpla ochenta años, pero no me rindo”, un mozo de apellido Viloria, que es del mismo linaje trujillano de Escuche y también tiene familia en la Ciudad del Portillo de Carora, está escribiendo un libro sobre lo rural en mi obra. Enrique Viloria Vera escribe mucho, demasiado dicen sus amigos, hace unos días me encomendó un prólogo para uno de sus libros y con gusto escribí lo siguiente: “En Salamanca, donde el magnífico poeta y lúcido prosista Alfredo Pérez Alencart le sigue la historia a las luces y a las sombras de la ciudad y de las Universidades, estudió El Tostado. Recuerdo las conversaciones que, en los años cincuenta poco más o menos, sostuve en la biblioteca de Rafael Cansinos Assens (1883-1964), un erudito sin tregua, conocedor de idiomas antiguos y modernos, traductor para la Editorial Caro y Raggio y también para la de nuestro gigante Rufino Blanco Fombona (1874-1944), la famosa en aquellos largos años desde 1914 hasta más acá de 1936, cuando trabajó en Madrid, Editorial América. Don Rafael se refería a Don Rufino con la frase “era un Tostado”. Sucede que también él lo fue. Se refería a la fama de Alonso de Madrigal Tostado de Rivera, un Teólogo nacido en Madrigal de las Altas Torres, quien vivió tal vez entre los años 1400 y 1455. Fue Rector del Colegio de San Bartolomé en la ciudad de Fray Luís de León (1527-1591), de Miguel de Unamuno (1864-1936), de Antonio Tovar y de Don Alfonso Ortega Carmona, perínclitos varones de la inteligencia y de la cultura si no resulta un pleonismo eso, inteligencia y cultura, ya que perínclito es un superlativo de rango aquí bien usado. Parece ser que la fama de El Tostado se asentó no sólo en sus actuaciones

que lo llevaron a formar parte del Concilio de Basilea en 1437-1444 y a ser Obispo de Ávila en 1449, sino por su extraordinaria capacidad para escribir con erudición y memoria que asombra a los bibliógrafos y a los diccionarios, pues sus *Comentarios a la Sagrada Escritura* llenaron veintiún tomos. Su extensa bibliografía se recoge en el *Manual del Librero Hispanoamericano* de Antonio Palau y Dulcet (Madrid-Barcelona, 1954-1955, tomo octavo, págs. 58-61). Quien escribió también “más que El Tostado” fue Don Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), sin que se le quede atrás el Insigne Don Francisco Rodríguez Marín (1855-1943) cuya edición de *Don Quijote de la Mancha*, en los diez tomos de 1950, tiene un “comento refundido y mejorado con más de mil notas nuevas”. ¿Y don Enrique de Gandía en Argentina? “Escribe más que El Tostado” es, o era, una frase de elogio a los maestros de las letras, eruditos, sabios en humanidades que fueron y son en la larga tradición de la lengua española. Pues toda esa parrafada se debe al asombro que me produce este escritor, nacido ayer en Caracas, esto es en 1950, no llega a los sesenta años y ya ha publicado más de cien títulos que usted podrá contar al final de esta nueva obra, ilustrada, esto es, bien documentada y muy bien escrita.”

Ahora Don Enrique, agradecido, me dice que quiere escribir igualmente un poema para Usted, mi querida Maricuca, mi Doña Mary de siempre y hasta la tumba, y me pregunta si puede. Yo le respondo que: “la empedernida palabra que ayer despertaba los recuerdos, ponía en rojo la memoria, acentuaba la sensación de ausencia, cuando era menester hablar a solas, decirle mira tú ese color, fíjate cómo el pueblo parece hablar, esto que aquí está adentro y puede notarse fuera es lo que en mi tiempo llamábamos amor, no le hagas caso a esos ruidos, más importante es un verso” y Viloria escribió el poema y te dedico estos versos que yo autorizo como si también fueran míos, de mí para ti:

Eres (II)

A Doña Mary.

Con la vena y la venia de don Guillermo.

Eres mi pozón de Chicorías

olorcito de arepa

cabeza de ovejo

primer café

cuajada tierna

cocuy de Siquisique

estallido de luz

caballito trotón

Flor del araguaney

agua de quebrada fresca

río crecido

campanario

tapia de convento

yabo del origen

crepúsculo larense

Divina Pastora en procesión

Princesa de un reino en desuso

Goda de Carora

Cacica de Cuicas

En Moncloa te encontré

Todo eso y más

mi Majestad

eres

8. Salvador Pániker: La Mujer...las mujeres ... otra vez la Mujer

Sexualidad, orgasmo, mística, muerte.
Están dejando de ser temas tabúes. Son temas
estrictamente relacionados, forman parte de
una misma música.

SALVADOR PÁNIKER

Para que no quede duda de la importancia que Pániker le otorga a la mujer en abstracto, a sus mujeres en concreto, el autor cita con precisión un pensamiento de la escritora francesa Simone de Beauvoir: “la mujer es lo otro”, y, con su ya inveterada costumbre, lo desarrolla y complementa. “Pero Simone de Beauvoir se quedaba a mitad del camino: porque lo otro es también es lo uno. Y ésta es la gracia, la aventura, lo otro es también lo uno.”

Pániker realiza, en su existencia, un doble re-ligación, una con su Dios cómplice en novísima y personal alianza, y la otra con la mujer, más que complemento, que co-existencia, la declara otro yo propio que nos hace más uno. Su obra está repleta de mujeres plurales: abuela, madre, hermanas, esposa, amantes ocasionales, compañera inseparable, hijas, amigas y hasta enemigas pasajeras, que desde las complejas y diversas perspectivas de lo femenino

han tenido y tienen una particular influencia cuando de vivir con la aparente diferencia se trata.

Nuestro escritor apuesta por la mujer, el proletariado verdadero del Siglo XX, al decir del filósofo francés Emmanuel Mounier. Desechando los simplistas y manidos lances *fashion*, nuestro escritor toma radical partido contra ese feminismo primario de bisutería intelectual que concibe a los géneros como rivales irreconciliables. Superando las conocidas e indudables nociones de complemento e integración entre el hombre y la mujer entre ellos, y no en ellos mismos, Pániker reclama. “que más allá de las caricaturas parciales del feminismo de la primera generación, se vaya cobrando conciencia de todas las genealogías subterráneas – las que van desde el culto a la diosa hasta los mencionados salones literarios -; uno espera, y cree, que la feminidad se alce con todos sus arquetipos Nada de imitar al hombre, al contrario: que se neutralice la cultura abstracta y agresiva de la pura virilidad. Uno defiende la complementariedad de *anima* / *animus*, *yin* / *yang*, en cada ser humano. Lo femenino en el hombre: Lo masculino en la mujer. En todo caso, es hora de neutralizar el predominio masculino. Puestos a inventar primacías, habría que decir, más bien, que la hembra es previa al macho (...) En fin. Uno trata de recuperar los arquetipos de la diosa como paso previo para el advenimiento de una cultura andrógina y equilibrada. Insisto: uno es a la vez macho y hembra.”

La Mujer: En sus años felices de juvenil alborozo, Salvador, el adolescente apasionado y soñador, conoció a la que sería luego su legítima esposa y la madre de sus hijos. Concentrémonos, por lo pronto, en la joven novia y acompañemos a Pániker en sus juveniles impulsos amorosos: “El 1 de octubre de 1947 conocí a la chica de los ojos verdes (...) Sucedió a la salida del cine Windsor (...) Recuerdo que en el vestíbulo del citado cine, un amigo me estaba diciendo: ‘te voy a presentar a la mujer más guapa de Barcelona’, y que yo le contesté. ‘No sé de qué me hablas, pero me

interesa mucho más lo que estoy viendo”. Lo que estaba viendo, o mejor percibiendo, era un bellissimo rostro de mujer jovencísima, rostro como iluminado, galvanizante, prodigiosos ojos verdes que resistían descaradamente mi mirada. Era literalmente una aparición, un despilfarro de radiaciones intensísimas: energía, naturalidad, vivacidad, hondura, humor, ternura, transparencia. Todo en embrión, a flor de piel, a punto para el tacto la presunta colisión (...) Nunca nadie me ha gustado tanto como aquella aparición del vestíbulo del Windsor”.

“Por fin he encontrado la mujer con quien me voy a casar, reconstruí más tarde.”

Y así sucedió —sin solución de continuidad— con la chica de los ojos verdes, Nuria, la cónyuge legal, la compañera de cinco lustros, la progenitora de los hijos de Salvador: “Princesa en el 48, novia en el 51, esposa en el 52, amante y compañera luego. Mi vida no es concebible sin Nuria. Yo no soy lo que sería sin Nuria. (Y, a mi juicio, a viceversa.) Hubo equívoco, tormenta, ineptitud, confrontación, rivalidad; hubo, al principio de ser “novios”, una mala acomodación entre sexualidad y cristianismo; hubo mi conflicto neurovegetativo, el que me hacía animal poco propicio al matrimonio —lo cual yo no sabía—. Pero hubo también la otra cara de la moneda, el amor, la colisión. Algo *real*.” Cualquier otra explicación sobra.

En fin, días más, días menos la fragosa interrelación con N. “fue una relación que duro un cuarto de siglo. Tampoco está tan mal (...) cada cual hace lo que puede. Nosotros hicimos lo que pudimos hasta 1959, modulamos luego la convivencia hasta 1970; la distendimos hasta 1974. Con posterioridad a esa fecha, la documentación se hace difusa, la memoria se pone perpleja, o acaso desvalida: parece como si la chica de los ojos verdes se hubiese exiliado negativamente, “nunca quisiera ser vieja”, me dijo una vez cuando todavía era princesa: Quizá se tratara de eso. La perdí de vista.”

En un texto más que dicente y emotivo, el desolado esposo escribe y se lamenta de la inevitable ruptura del vínculo matrimonial, de la separación inevitable: “Desearía querer a N. de otro modo. Mi capacidad de ternura se va difuminando, y no sé si es culpa de la institución, de mí o del pecado original. No tengo amigos. No tengo amantes. No tengo confidentes. Trasiego mi pudor y m mantengo irónico y templado. Es la fachada”.

Nuevos tiempos profesionales se suman a los tiempos personales de escritor, quien presiente en sus adentros que ya alcanzó el segundo estado del dharma hindú: el de *grihasta*, es decir, “el de *pater familias*; vivir del propio oficio y engendrar hijos, a ser posible varones.” Pániker experimenta nuevas necesidades de autorrealización, no le entusiasma lo que hace y lo que es, desea desligarse de las rigideces institucionales y de las matrimoniales en especial, y como lo confiesa el propio escritor: “se produjo una fisura en mi comportamiento, una pequeña grieta formal. Fisura insignificante, pero fisura al fin. Y toda fisura genera un nuevo espacio simbólico, un nuevo karma. Había que salirse un poco de madre, a ver que había del otro lado.”

Ese otro lado del escritor tuvo mucho que ver, según su propia percepción, con la “inmensa dosis de idealismo que precedió mi adolescencia, tropezaba con la realidad compleja y multiforme, tropezaba conmigo mismo, con las asimetrías de mí mismo. Siempre he deseado tener relaciones interpersonales profundas, pero también superficiales, lúdicas, diversas. Y, con demasiado retraso, he comprendido mi escasa predisposición a la fidelidad monógama (...) Para colmo, el 3 de febrero de 1959, N. me comunicó que estábamos esperando un nuevo hijo. Como si dijéramos: todo conspiraba para que mi equilibrio conyugal se quebrara. Y sin embargo, más que quiebra lo que hubo fue evasión. Lo cual era también explicable: la mujer que más me atraía era mi esposa: En las demás yo buscaba, ante todo, pretextos para diseñar atmósferas.”

Las mujeres: Buena y detallada cuenta de los femeninos pretextos que tuvo para diseñar una atmósfera sensual aquí, otra allá, deja Pániker en sus dietarios. No se trata de hacer el *Catálogo de las Mujeres* del escritor, pero para la historia de su próximo y decisivo encuentro con la plural feminidad van quedando nombres y sitios, colores de piel y acentos de voz, nacionalidades y uno que otro despecho ajeno, alguna emoción de más por parte del ensayista.

Es delicado y minucioso Salvador en la discreta, pero exhaustiva narración de las ambientes amorosos y sensuales que creó a lo largo de unos cuantos lustros, antes de encontrarse con la mujer que volvería a conmoverle los adentros y acelerar las palpitaciones del sedado corazón del galano seductor. No tiene sentido caballeresco volver a nombrarlas, cuando ya identificadas están por iniciales o seudónimos en la pasión y en los dietarios del escritor: Sandra, Anastasia, Isabel, BK, la Noia y alguna que otra que se recuerda en silencio, pero no alcanza a tener estatura de protagonista. En todo caso, para dejar constancia de esos jubilosos encuentros del pasado, Pániker escribe: “Horas de sexo y de palabra. También con Isabel consumí horas de sexo y de palabra. Con BK y con algunas otras ¿Tiene sentido comparar? No creo. Con cada ser humano, y no sólo en el amor, segrega uno diferentes códigos, estilos, tonos y registros. Ajustes de sintonía”.

En todo caso, con la franquía que le es propia, Pániker amplía su argumentación acerca del tema de la relevancia que tiene el tema del sexo y de sus amantes en sus diarios personales, pero no necesariamente íntimos:” Procedo de una clase social que tiene como norma silenciar cuidadosamente sus enredos amorosos. No discuto la eficacia de esta consigna que ha sido refrendada por la historia. Adulterios pasados de contrabando refuerzan incluso la institución. Discretas dosis de culpabilidad estabilizan el sistema. De allí la ancestral cautela de ciertos hombres y mujeres de la alta burguesía., expertos hacer la vista gorda: *Manners before morals.*”

Recordemos si —antes de sucumbir a los encantos de JX— lo contado por Salvador en relación con este intenso y plural período de *flirts* y aventuras de esta fase de liberación y redención personal y sexual: “Le preguntaron una vez a Juan Rulfo sobre mujeres, El escritor mexicano contestó: “yo de mujeres no entiendo, no he tenido más que una en 34 años”. En 1959 yo no había tenido más que una en 7 años. De pronto comenzaron las fracturas, léase catástrofes, imperceptibles al principio, eslabones del recién inaugurado karma, un cierto ruido perturbador e ineficiente. Porque todo seguiría igual en apariencia. Pero luego se transformaría en el tiempo...”

De nuevo la Mujer: “Extraño encuentro anoche con JX, esa mujer me agrada y me estimula, y que uno tenía aparcada en la reserva, en algún rincón de alguna recámara, departamento de mujeres atractivas e inteligentes (...) J X se me antoja una combinación de inteligencia y sensibilidad, precisión de lenguaje (...) Emanada de ella una franquía sexual (...) Lo sorprendente es que JX (...) sea al mismo tiempo tan apasionada, vulnerable y sensorial (...) Me intriga un poco la sexualidad de JX, tan intensa y peculiar”.

Y rápidamente, el sorprendido e intrigado galán indio, procede a dar las señas de esta mujer que de buenas a primeras lo pasmó: “JX procede de una familia adinerada del sur cruzada con una familia distinguida del norte, familia de médicos. Tiene muy buenos modales, levanta poco la voz. No gasta anillos ni joyas (...) Su cuerpo parece exquisitamente femenino. Sonrisa deliciosa, ojos miopes. El cabello violentamente tupido. Una mente bien articulada, mente de intelectual, un punto académico. JX explica que de joven era muy tímida (hoy no lo parece). Debe andar por los cuarenta y algo. Le digo es una buena edad, vaya si lo es”.

Largas, sinceras, descarnadas y generosas son las referencias que un enamorado Salvador realiza sobre su nuevo complemento

existencial, sobre JX, en fin, sobre la bienvenida *shakti*, Conozcamos algunas de ellas:

- JX se me antoja una muy buena combinación de inteligencia y sensibilidad, cartesianismo, feminidad, precisión de lenguaje.
- Tienes unos hermosos pechos.
- Hasta la fecha no he recibido queja alguna.
- Emana de ella una clara franquía sexual. Esta mujer parece iluminada.
- Mi relación con JX, a la vez otoñal y pasional, racional y telúrica, carece para mí de precedentes.
- Hoy le he comprado a JX una bufanda de seda china, gris. Después la llamo por teléfono y grabo la conversación. Escuchando más tarde la grabadora, percibo que mi voz suena blanda y edulcorada, redundante, un poco tonta.
- Mi proceso con JX ha sido, al principio, *clásico*: primero franquear la entrada, luego explorar el territorio. O más que explorarlo, inventarlo. Soslayando obstáculos – en mi caso, la dificultad de acomodar sexo y ternura, ¿por dónde se empieza? – Así hasta acceder al milagro del sexo no dual, que es el verdadero sexo, que es el sexo, a la vez inmanente y trascendente, a la vez profundo y frívolo.
- Pues llegó efectivamente JX, como estaba previsto, y con ella la desconcertante felicidad.
- JX tiene sensibilidad de vulva en cualquier envés de su cuerpo.
- JX atiende y entiende. JX entra enseguida al trazo intelectual, JX cumple un amplio espectro. Esta comunicación tan buena que hay entre nosotros se parece mucho a un milagro.
- ¿JX? JX es la plenitud, pero no estoy seguro de que aporte hogar.

Sin rodeos ni eufemismos, Pániker confirma, para alivio propio y ajeno, que más allá de los abatimientos y alegrías, luego de confirmar las bondades de su madura relación con JX: “Junto a la liturgia del amor, la desmitificación, la liviandad, la transgresión, el pitorreo. Lo lícito y lo ilícito, lo puro y lo impuro, la abolición de las fronteras, la fiesta sabia de los amantes maduros (...) Ella y yo, por el momento, ahora de vuelta de casi todo, rondamos la muerte anticipada donde ya no hay miedo. O algo así”.

“JX es la síntesis”

9. Alfredo Pérez Alencart: Una mujer en alma y cuerpo

UNA benigna carnalidad ha llegado como una ráfaga de mansas constelaciones para cubrir la epidermis del hombre con litúrgicos esmaltes de pasión intacta.

El ser humano es la pareja confirma Pérez Alencart en los entusiastas y apasionados versos de amor que tienen como estímulo y poderoso detonante a una mujer de armonioso y sonoro nombre —Jacqueline— que se le metió en el alma y el cuerpo al poeta para *ser – con – ella*.

Desde mucho antes de su periplo ibérico, de su estancia castellana, de su domicilio salmantino, de sus afanes por ser mejor, ya la que habría de ser su compañera de ideales y su sostén afectivo en los momentos de duda y vacilación, se había hecho presente en el asombrado corazón del escritor: “ENFRENTÉ de mí el perfil ardiente, la joven que llegó del país vecino para cambiarme la existencia, para quitarme el sueño y dejar huellas de su tacto. Un día tocaron a la puerta. Era ella, vaticinando amor con su cuerpo inmaculado. ¿Dónde estabas, centro de lealtad donde me cobijo? Mi sangre pedía plebiscitos. Paciencia sugerían sus grandes ojos. Ya no amanezco solo.”

Ella, Jacqueline, su amor de siempre, ha compartido las penas y las alegrías, las angustias y las tristezas, los triunfos cotidianos y las frustraciones motivadoras de un poeta que confiesa sin timideces ni subterfugios que su mujer es una verdadera diosa *ex machina*, el innegable *élan* vital que lo acompaña en las travesías ¿travesuras? de su inquieto espíritu. El escritor desentraña sin ambages la misteriosa energía alternativa que emana del amor de Jacqueline: “MUCHOS se preguntan de dónde sale tanta fuerza, / desconcertados ante el caudal de mis empresas / y el firme avance que sin trastabillar presento. / No puedo, aun queriendo, contestar a todos ellos. ¿Cómo explicarles que es amor el combustible / de todos estos vuelos?”

Es su mujer sonriente, alegre, entusiasta, la que empuja al aventurero de la poesía, al caballero andante del verso, al inusitado protector de poetas de diferente origen y diverso verbo, a emprender proyectos personales y colectivos, amistosos e institucionales, en una Salamanca donde sus vecinos se quedan atónitos y perplejos ante la aparente ilimitada capacidad de Pérez Alencart para planificar y ejecutar planes propios y ajenos en ese arisco y convulso mundo de la creación poética. A ellos - a los sorprendidos y a veces incrédulos testigos de sus impecables realizaciones - les reitera el poeta la invencible y única fuerza motriz que impulsa sus muy variadas andanzas en los territorios de la emoción poética. Así, un tanto pudibundo, el poeta expresa: “¿En qué lenguaje decir / que una sonrisa tuya abre en mí otro frente, / un impulso que de repente invita a caminar de nuevo? / No, no puedo ir por allí hablando de un sentimiento / que no se apaga, porque vives / y eres estación donde todo florece amable (...) Allí ellos con su debilidad creciendo si el amor les falta.”

Imitando a Catulo, el poeta de Sulmona, nuestro escritor, un tanto desilusionado, decepcionado a veces, no por algún fracaso contundente sino por las mediocres intrigas, una que otra injusticia menor, en fin, envidias roñosas que nunca faltan cuando del

éxito ajeno se trata, le habla a Jacqueline —ahora convertida en apropiada Corina— para confesarle que, en esas ocasiones, cuando el espíritu se abate: “sólo versos a prueba de amargura puedo ofrecerte / desde este aprendizaje que algunos denominan poesía (...) Eres mi Corina / y por ti me bato a duelo. / Eres mi Corina / y en tu reino cosecho / las parvas alegrías del tiempo.”

Amor comprensivo, tolerante, amistoso, conocedor igualmente de los estremecimientos de la pasión: “DISFRUTEMOS del borbollón de hechizos / y demos consistencia a los placeres cabales”, de las trepidaciones del sexo, de los temblores de la carne: “poesía es tu cuerpo, la muestra mayúscula / donde el mundo tiembla si mis dedos tocan piel canela”, del versátil y dúctil lecho concebido para los delicias y necesidades de lo humano, para los vaivenes del atrevimiento, para el ir y venir de jadeos ansiosos y caricias inusitadas que hacen reconocer al poeta que su mujer es: “la intimidad donde me desplomo para sorber / la ambrosía que hace de mí un ardoroso centauro. / El amor que hacia ti tengo inventa pulsaciones / hasta ahora desconocidas.”

Pasión convocada por un escritor goloso de las humedades de su amada que —como demiurgo enamorado— férvido, ardiente, ordena: “¡Hágase la luz en el espejo azul de nuestro tálamo! ¡Apáguese la luz para admirar la sinuosidad / de las caricias!” Y la luz obediente se prende y se apaga, la claridad ilumina el lecho para los antojos del amor y la oscuridad se hace cómplice luminosa de dos cuerpos que se entrelazan en los eróticos rituales de las sombras, todo a fin de hacer posible que Alfredo y Jacqueline, el poeta y su amada, el escritor y su apoyo afectivo salven esos días apesumbrados, aciagos “aferrados a la melódica / compañía de las aguas y a la solidez que el amor cimienta.”

Feliz el escritor se solaza, se recrea en el amor, su amada está siempre disponible aún en las separaciones que imponen la distancia, la mar océano, un lejano continente, un millardo de

kilómetros, otro tiempo y otro espacio, porque sólo un poeta enamorado puede sin más recurso que su apasionada imaginación ver en una nube: “el nítido perfil de tu amada, / su idéntica sonrisa de gracia, / el azabache de su cabellera. / Porque bajo ese cielo / es posible trazar una ruta directa / que alcance a los labios del amor.”

Desea el poeta que la mujer seleccionada para compartir su vida, sus sueños y realizaciones, sea: *el pozo de mi única bengala, la hoguera que colma mis tinieblas, mi princesa, limpio amor de mis salvaciones, el corolario del encantamiento a que me sometes, delirio sereno, grata compañía para las tardes felices*. El escritor reconoce que “tierna o solemne incubas fieles temblores para el mismo centinela contagiado por el roce de tus labios” y que, por encima de todo: “QUISIERA que tú y tu mañana estuvieran conmigo, / pues mi mirada se detuvo largo tiempo / ordenando tu sombra. / Invoco esta costumbre repleta de señales / para inclinar hacia mí / los fulgores que solamente / tú prodigas.”

Para el poeta su amada es motivo de gozos y también de eventuales congojas, porque hay días de esos, tristonos, en los que su mujer se apaga, se distancia, se pone entre paréntesis y el escritor sufre las momentáneas ausencias, los casuales extrañamientos: “Voy replegándome cuando te siento lejana / y planeas por encima de los sueños. / Corre, arranca, pero no escapes.”

No puede tampoco Pérez Alencart regocijarse en aquellos momentos en los que el amor de sus entrañas habla y deja caer un reproche: “ME dices que tu amor está como alejándose / y quedo preocupado, pues sólo / verdades nacen de tus labios. / Anduve, morena mía, dando tumbos, / sin terminar cosa ninguna / arriba de los sueños. / Tomaba pulso a tantas formas fugitivas / que descuidé dar fuelle a la querencia. / Me inculpo, me increpo, pero me empeño / en volver a subirme a la carreta / donde no perduran los olvidos.”

El poeta deseoso de reconciliaciones, cansado de lejanías, deshabitado, solo, despoblado de amor, implora desguarnecido: “Sálvame, / ocupa este vacío que me agoniza. / Tiembla desde el fondo, / nuevamente con apasionada ternura, / llegando / velozmente llegando / para completar este corazón y fundirte entre mis brazos.”

Un verdadero doctorado *amoris causa* ha sido para el escritor el estudio del cuerpo y el espíritu de la mujer amada. Repasa sus contornos, estudia sus facciones, lee sus adentros, incursiona en sus sentimientos, se adentra en sus credos, ordena su sombra, escucha sus enseñanzas, se alimenta de su mirada, bebe de su fe, en fin, se adueña de su canoro nombre para aprisionarlo. Después de muchas asignaturas vistas, de provechosos monográficos, de tantos créditos alcanzados, de flamantes tesis y tesinas, de doctorales exposiciones, Pérez Alencart adquiere feliz conciencia de que ella, su Jacqueline, la mujer que llegó del vecino país del norte, “desde un lejano horizonte”, lo ha hecho, lo hace y lo hará ser más él: “Princesa: te ovillas en mí / y me enseñas a ser cada vez más humano, a no pretender alcanzar ningún tesoro, / a ser sustancia de hombre, raíz profunda.”

Ama el poeta a la mujer que además de hacerlo hombre, lo hizo padre, aquella que le conmovió los genes y el linaje, para llenar de orgullo y de esperanza a quien en su hijo se encuentra reiterado. Con un amor distinto, nacido de su propia e inalcanzable altura, anclado en la madurez de los amantes, surto en la voluntad del escritor “para cuidar un amor de consciente porvenir”, Pérez Alencart celebra esta vez a su mujer, ahora madre, la glorificada progenitora de su unigénito: “Yo la amo con su hijo bienquerido: / suficiente bendición que reunió / para demoler insomnes odios amaestrados, tristes / frutos rebalsantes de insensatas negaciones.” (...) “Beso ese amor en lo bueno y en lo malo, / porque intacto se mantiene: / éste es el amorío a la única mujer / que me dio mi hijo único.”

Una y otra vez el trovador le canta a la amada —“Yo la amo con un amor que viene del pasado, con mi alma abarcando su cuerpo infinito, / con mi voz que vive latiendo en su cintura, / con mi sol de invierno entrando en sus cabellos...”— reviviendo las fantasías, las invenciones, las usanzas de un amor cortesano que se asienta —caballeresco— en las riberas del Tormes, a la vera del río del inmortal Lazarillo, con la ciudad dorada de Fray Luis, Salamanca, la otra pasión del escritor, al frente de sus ojos. Pérez Alencart, el hidalgo andante de Tejares, luego de su vela de armas, convencido de que el tiempo no es sino pura ilusión de los mortales, invita a cabalgar a su dama de todos los días, como si fuera la primera hembra que se aposenta en los flancos de su corcel poético: “Es momento, Dulcinea, que pongas tu pie en el estribo / y subas a la grupa del viejo Rocinante. / El tiempo se nos aleja y quisiera atravesar otros siglos / con tu pecho pegado a mi victoriosa espalda.”

Más actual, más mundano, recobrado el real sentido de *su aquí y de su ahora*, lejos de ficciones literarias y eruditas quimeras, el jinete de Puerto Maldonado desciende de su corcel de fantasías para, esta vez y para siempre - sin monturas, descabalgado, apeado de ilusiones y espejismos - dejar inscrito en los verdes árboles de su selva, en las rosadas piedras de Salamanca, en el dorado cielo salmantino, y en la inmensa ingrititud de la provincia castellana su imperecedero canto de amor por la que siempre nombra y nombrará:

“VENGAN tus besos hasta la alcornia / de mis llamadas de amor. / Venga el sagrado perfume / que derrumba mis tristezas / y me alza y me hace partidario / de arrebatos humedecidos / en tus lloviznas de fuego. / Vengan tus tersas manos / a recorrer laberintos / del deseado sudario del éxtasis. / Venga el feliz renacimiento / que inventamos los dos / para volcarnos con carne, ofrendados / ambos al eje del amor. / Vengan luces u oscuridades, / veranos, otoños, inviernos / sin distinción alguna: siempre / te

reconoceré como radiante / primavera de mi corazón. / Venga la
revelación de la deidad, / pues presto a sentir de nuevo, impelido
/ a vivir encendido entre tu piel, / extendiendo el soliloquio y te
descubro, y te nombro, mi electa Jacqueline.”



Alfredo Pérez Alencart: El amor cortesano

Alfredo Pérez Alencart es indudablemente un Homo Sapiens, su larga trayectoria académica como profesor de Derecho del Trabajo y de Seguridad Social así lo certifican. Homo Faber también es: su capacidad para organizar cumbres y encuentros de poetas de sus dos mundos, y para movilizar voluntades en todo el planeta en pro de los proyectos que ejecuta, evidencian su incansable y continuada labor de promotor cultural. Qué es un Homo Religiosus nadie lo pone en duda; su sobrevenida devoción por la Palabra de Dios incluso en la Biblia, le ha otorgado un nuevo hálito, un cristiano y vivificador aliento a su vida salmantina y a su obra poética.

La reciente publicación del libro *Una sola carne (Antología amorosa 1996 – 2016)*, con selección y notas de la investigadora rumana Carmen Bulzan e ilustraciones del maestro Miguel Elías, cuidadosamente editado, en 2017, por la Diputación de Salamanca, acomoda, instala, coloca sobre el tapete otra doble condición de este peculiar ser humano, exteriorizarizando una nueva dualidad de esencias del poeta peruano-salmantino, transformado —por efecto de su amor cortesano— tanto en Homo Sapiens como en Homo Ludens.

Pérez Alencart hace suyas las palabras de Octavio Paz cuando afirmaba que “la poesía no es un género moderno, su naturaleza profunda es hostil o indiferente a los dogmas de la modernidad: el progreso y la sobrevaloración del futuro (...) La poesía, cualquiera que sea el contenido manifiesto del poema, es siempre una transgresión de la racionalidad y a la moralidad de la sociedad burguesa. Nuestra sociedad cree en la historia —periódico, radio, televisión: el ahora— y la poesía es extemporánea (...) Con frecuencia el autor comparte el sistema de prohibiciones —tácitas pero imperativas— que forman el código de lo decible en cada época y en cada sociedad. Sin embargo, no pocas veces y casi siempre a pesar suyo, los escritores violan ese código y dicen lo que no se puede decir. Lo que ellos y sólo ellos tienen que decir”, y esto justamente es lo que ha hecho nuestro poeta con sus desgarrados y atrevidos poemas amorios y eróticos dedicados a Jacqueline, su mujer de siempre, con la que celebra veinticinco felices años de comunión carnal y espiritual.

El amor del poeta se expresa polisémicamente, aunque atiende persistentemente a un mismo y único objetivo: bien lo expresa Pérez Alencart: “Y vuelvo siempre a la silueta del amor, / al lugar que suma lo pasado y lo futuro / en los contornos sonrosados tras el beso / revelando la potestad de las apetencias, / el deseante aroma con latidos convexos / sobre la epidermis del pezón vigilante / o en las profundidades que el amanecer / susurra hasta que acontece la emanación / consecuente luego del certero flechazo / no para muerte sino para resurrección”.

El poeta bracea en las calmas —o a veces turbulentas— olas de su amor, confundiendo astros y estrellas con la boca y los labios de su amada, hace de su confusión —deliberada y emocionada— una larga y feliz travesía por el cuerpo de su bienquista: “A veces confundo los labios con tu cintura / y a ella me agarro con felicidad tremenda / hasta que resplandezca la noche complaciente. // A veces confundo la cintura con tus sentidos / que velan mis armas

en apogeo, y saco / brillo a la envolvente noche de los cuerpos.
// A veces confundo los sentidos que completan / con el eco
de tu voz que se enmadeja / en la aurora boreal de mis ofrendas.
// Tengo el privilegio de gozar de tu íntimo arrullo / para mi
confusión tan deslumbrante”.

El amor de Pérez Alencart cae genuflexo, se arrodilla en gesto de humilde y pagana veneración a su diosa terrenal; se recluye, se encierra, se encarcela —gustoso y complacido— para, regocijado, yacer tras barrotes y cerrojos de libertad entre los brazos y sobre el cuerpo de la amada. Su querencia es un potente y eficaz polivitamínico que le otorga renovadas fuerzas y la energía requerida para afrontar los desafíos de la vida cotidiana, las inevitables penas o tribulaciones que, no deseadas ni bienvenidas, se atraviesan en los diferentes derroteros cotidianos del poeta; consecuentemente sentencia: “Porque el hombre resiste / y se hace fuerte / en el Amor”.

Caracteriza el poeta su amor para que sea mejor expresado y entendido. Afirmar sin tapujos que su amor no conoce aires gélidos, es hondo, recóndito, profundo, y se posesiona totalmente del pensamiento del escritor. El amor le motea el corazón y es firme invocación para que las luciérnagas generosas iluminen el cuerpo de la amada. Su amor es permanente, perenne, de una sola vía y sin retorno, sentencioso expresa: “Se trata de un amor que no conoce regresos / ni tránsitos fugaces”.

Pérez Alencart se trasmuta en amatorio pájaro tropical de vivaces colores y alargado pico, y vaticina: “Llegará el día / en que me vuelva tucán / y pueda llevar en el pico / a mi compañera de vida. // Volaré y volaré / para atisbar / ríos arriba, ríos abajo / de nuestra selva. // ¿Seré el hombre-tucán, el guardián del verbo herido, el que ensaliva los árboles? // Por la orilla del río / florece una orquídea. // Ah, la selva”.

Jacqueline, el objeto del amor del poeta, el sujeto poético que carnalmente lo sujeta, es también polisémica, plural y diversa en las evocaciones e invocaciones del marido. Es una y muchas a la vez, leamos: es la esposa del atardecer de poeta, es igualmente Eva, la hembra del hombre, ángel encarnado, compañera en todo, mujer de ojos extremos de seda y acero, perla, gema iridiscente, patria verdadera, dama del palacio del escritor, Señora de las delicias, amada extranjera, arpa para no dormir, su Dulcinea y su Corina, imitando al poeta de Sulmona, mujer de la mañana, flor cálida abierta en la noche interminable, “la electa que lo reinventa todo”.

Pero sobre todo es la morena, la gacela, la princesa del poeta, citamos esmeradamente:

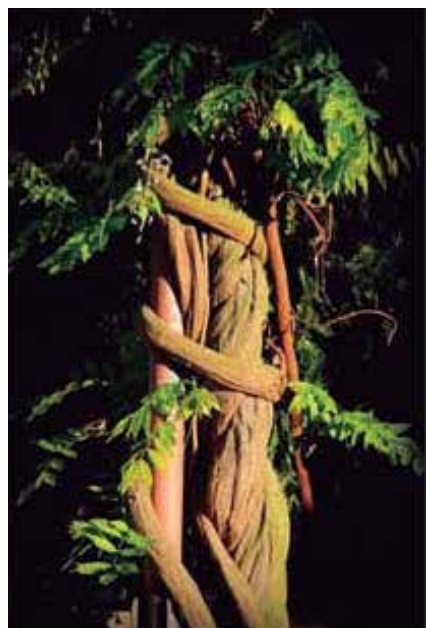
- **Morena:** “Morena mía, / convocado por tus fragancias, / voy hacia ti, // voy como un antiguo ariete de la inmortal historia.”
- **Gacela:** “Pura delicia, ella / cae sobre mí / desde el árbol altísimo del deseo y se encostilla / para que yo exista palpitando extasiadamente, // relámpago tras relámpago / de la sexualidad / que deja navegar nuestros cuerpos / amando / en ardua pertenencia, // matrimoniados / por la ley de las caricias, / cosa real / de un gran oficio: Amar sin freno / el fogoso cuerpo / empecinado en el remolino // en la historia que empieza / una vez más / embriagando con vino / de la viña que fomenta profecía / oídas clamando desde el abecedario del prodigio. // ¡Todo lo puedes, oh varona / dispuesta / a girar entre las yemas de mis dedos! ...”
- **Princesa:** “Aprisiono tu nombre para sentir mi vida. / Saber de tu mundo es resbalar / hasta la desmesura del denso amor / que existe y deja huellas y palpa sus mañanas. / Princesa, también tu mirada me alimenta el verdor sagrado apretándose a mi pecho; tus lentas caricias, el corazón que comparto dan forma al mundo más íntimo de mi tiempo. // Princesa, te

ovillas en mí, / me enseñas a ser cada vez más humano, / no
pretender alcanzar ningún tesoro, / ser sustancia de hombre y
raíz profunda. // Tu vasta realidad me sigue impresionando, /
por ello silabeo tu nombre y canto la memoria de tus brazos,
/ princesa, mi limpio amor, / feliz me entrego a ti”.

La larga travesía del poeta desde su Perú natal hasta llegar a
Salamanca, su ciudad de adopción, rindió felices frutos en forma
de mujer e hijo que engalanan el huerto poético de Pérez Alencart.
Sin melindres ni tapujos lo afirma con sincera entrega: “Hasta aquí
/ llegó nuestra carabela / y aquí, entre / Lazarillos y Celestinas /
echamos mano del amor.”

Y por supuesto, esta glosa de la antología del amor del poeta no
puede concluir de otra forma, a dúo con el poeta enamorado y
apasionado nombramos a su amada, a Jacqueline:

*“Vengan tus besos hasta la alcurnia / de mis llamaradas de amor. / Venga
el sagrado perfume / que derrumba mis tristezas / y me alza y me hace
partidario / de arrebatos humedecidos / en tus lloviznas de fuego. / Vengan
tus tersas manos / a recorrer laberintos / del deseado sudario del éxtasis.
/ Venga el feliz renacimiento / que inventamos los dos / para volcarnos en
abrazos, / carne con carne, / ofrendados ambos al eje del amor. / Vengan
luces u oscuridades, / veranos, otoños o inviernos / sin distinción alguna:
siempre / te reconoceré como radiante / primavera de mi corazón. / Venga
la revelación de la princesa, / pues presto a sentir a nuevo, impelido / a vivir
encendido entre tu piel, / extendiendo el soliloquio y te descubro, / y te nombro,
mi electa Jacqueline”.*



10. JOSE PULIDO: Un amor kilométrico

Mi mujer siempre fue
una aparición
un encanto
de pozos antiguos

JOSÉ PULIDO

El desamor que el poeta siente por sí mismo es inversamente proporcional al amor que experimenta por su mujer. La poesía amatoria de Pulido compite en igualdad de condiciones con su poética urbana. El escritor despliega una pasión incomparable cuando la dueña de sus sueños, su compañera marital, se encuentra en la trayectoria de sus más legítimas emociones. Buena parte de la poesía urbana de Pulido es una excusa para expresar el fervor, su pasión, por su mujer homenajeadas. Lo mismo podríamos afirmar de su intimismo literario: el escritor se maltrata a sí mismo para acariciar a su enamorada, se desprecia para loarla, se azota para besarla.

En la selva, en la ciudad, en los ríos y lagunas, en el lecho matrimonial, en lo más profundo de una inédita jungla personal, habita, reside, mora, anida —ocupando todo su corazón de fiera en celo— el amor sin delimitaciones, sin límites que Pulido le brinda a la mujer de sus peregrinos días y de sus apasionadas

noches. El poeta expresa vivamente, con insólita energía, el amor que le inflama el pecho y le atiza la letra: “Yo te amo / con este nerviosismo de antílope / expuesto a la intemperie. / Siente el corazón tembloroso / en medio de la jungla / siéntelo imperfecto y asombrado / frágil, jugoso, delicado, hiriente / como un manjar de tigre”.

Esta contradicción entre el poeta que se malquiere para rendirle culto a su amada es explícita y evidente a lo largo de toda su obra poética. En efecto, Pulido, por un lado, expresa: “No le tengo miedo a la cursilería del amor a primera vista. / Constantemente recuerdo ese minuto / aunque después / te haya desencantado / una que otra fealdad mía / un mal aliento / una frase bastarda / descubrir que tengo / un espíritu jorobado”, para inmediatamente reconocer que: “...amarte ha sido / una pasión analfabeta / una infancia al revés. / La ciudad / sería una tumba / sin ese amor a primera vista”.

Propietaria exclusiva de los adentros afectuosos del poeta, dueña privilegiada de sus ardores, ama distinguida con los arrosos humanos de Pulido; el escritor no puede concebir la existencia sin el amor, y en especial, sin el entusiasmo por esa mujer, su hembra personificada y versificada, sobre quien confiesa poner toda “la concentración sentimental / en tu persona / en el alma de tu boca / en el clítoris todopoderoso / y en el espíritu caliente de tu piel”.

Ciudad, amor y sexo se entrelazan en los versos del escritor para que su poesía resulte en una tríada de temas afectivos, personales e intransferibles que obtienen un preciado equilibrio cuando Pulido exalta, glorifica, enaltece, ensalza, idealiza a su amada: “Ante el tarot del cuerpo femenino / y el millón de soles que alumbran / un alma de mujer”.

El escritor también expresa, inequívocamente, su inquietud ante la posible pérdida o ausencia de su amor sin límites, de su amor

kilométrico: “Ahora te contemplo más que antes / buscando remanentes de dolor / atisbando las grietas inquietantes / que vacían el amor / suman un Gólgota espeso los instantes / que gastas en silencio aterrador / como escondida en túneles distantes / que entierran el amor / es que me siento que no tengo casa / cuando ni tu sonrisa te traspasa / el rostro inmóvil de muñeca triste / y hay minutos tan duros que me quedo / vacilando ante ti de puro miedo / creyendo que te fuiste”.

No desea el poeta ausencias, distanciamientos, silencios, entredichos, malentendidos, rostros enmudecidos y lejanos, separaciones, reservas, mutismos, sigilos por parte de su amada. Se lamenta de veras cuando los mismos se producen y la relación amorosa se suspende por unos instantes, cae en un vacío atroz, de enrarecidos aires y apartados rincones. Un amor sin dudas ni vacilaciones, una pasión sin alejamientos, un sentimiento mutuamente compartido, un verdadero solaz es lo que ambiciona el poeta: “Me desespero / cada vez que cierras / la puerta del baño. / Odio las intimidades / y esos minutos en que somos extraños”.

Pulido desea hacer posible la utopía de un amor sin reproches, de una pasión sin reconvenciones, de una alianza amorosa enormemente feliz e infinitamente duradera que no conozca contenciones espaciales ni temporales. Su poesía es un canto a ese amor, una trova a la pareja, no quiere reflejarse sin su amada, se reclama y se acusa del menoscabo físico de quien ha debido permanecer por siempre igual: joven, exuberante, fresca, lozana, candorosa, se arrepiente insondablemente de la mengua que ha causado el paso del tiempo sobre el cuerpo y el rostro de su amada presumiblemente infungible, y anhela vivamente: “Sé que tus ojos eran más hermosos / de lo que son / que no debí hacerlos llorar; / sé que tus manos de ángel salvaje / se han resecado / por mi culpa / la cocina, los platos, / sé que he debido guardarlas / para que vuelen / perfumadas, / armadas de uñas rojas / hincándose en la magia / que estaba obligado a darte / y me doy cuenta de

que tus piernas eran más delgadas / y que tu corazón era más blando: / fui un depredador contigo”.

El poeta se lamenta de su forma de amar, reconoce que no tiene otra distinta a la que impone la intensidad, el ímpetu, al atrevimiento, al brío pasional que pone en cada una de sus jornadas amorosas; ya lo había resaltado, cuando afirmaba sin paciencia, sin estoicismo alguno, que dejaría cualquier cosa útil que estuviera haciendo para desesperado: “...tocar tu cuerpo / aquel cuerpo / sintomático / cargado de calores silenciosos / y tenía ganas de cerrar el capó / caminar la media cuadra que nos estaba separando / una tronera verde como el mar de Acapulco / y un deseo que me barnizaras con tu mirada / y besarte sin llenarte de grasa de carro / mientras la lavadora baila su samba / no has empezado todavía a cortar las cebollas”.

De forma todavía más explícita, el escritor exterioriza sus asperezas y brusquedades, sus ímpetus, frenesíes y arrebatos, y un tanto arrepentido, se disculpa ante su amada: “y pido perdón / por no haberte conservado / más allá de esta vehemencia, / a salvo de mis tosquedades, / pero yo creí que el amor era eso: / comerte aquí, morderte allá, / chuparte como una cayena, / almacenarte cual arena / en esta concha / lamer tu rocío / y besar tu retrato”.

Amor frenético de un poeta que lo es aún más; de un escritor enamorado hasta los tuétanos, quien confiesa sin melindres, alejado de viriles bravuconerías, que delante, enfrente de su mujer amada es comparable a un animal domesticado, a un mamífero pardo danzando por un terrón de dulce, a un perro callejero que mueve la cola cuando lo acarician, a un feliz y multicolor guacamayo comiendo mango maduro en un encierro sin ansiadas libertades.

Sin embargo, desde sus cariños de poca monta, desde su yo devaluado, el escritor extasiado exhorta y le exige a su amada: “Tendrías que amarme / porque soy un desprevenido / que se

asombra irracionalmente / ante algo tan común y natural / como tus ojos / donde observo cientos de almas / tratando de brillar / desde el pasado más inverosímil / y en vez de sacar una conclusión magnificante / quiero besarte / oso bailando por azúcar / pájaro picoteando fruta en una jaula, / soy un destemple de la multitud”.

“El amor me ha mordido y me ha matado” sentencia Pulido, mientras que “huye de la muerte con un ticket”, porque no desea la llegada de ese minuto final en el que todo se extingue, como si un Dios maluco, indolente, apagara de repente todas las estrellas para instalar, vengativo y rencoroso, una negrura imperecedera donde antes relucía un luminoso y seguro firmamento. El poeta declara pesaroso, contrito, que el origen manifiesto de sus tristezas y abatimientos es justamente ese, presentir que un día —sin un *más allá* como destino redentor— se apagará todo —“como cuando se quema la pantalla del televisor”— y que a partir de ese momento: “... no veré / la cara de mi mujer / iluminado el cuarto / y si no hay más vida para mí / ni siquiera podré / recordar cómo era ella / todo este amor se habrá perdido”.

No quiere el poeta ser un abandonado por las sonrisas de su mujer, la quiere siempre risueña, disponible para sus ofrendas poéticas, presta para ser la motivación de admirativos versos, en los que proclama: “Ante la eternidad dejo constancia / de que usas como yesca / el toque de tu risa / yo que apenas soy / un querosén de sensaciones derramado”.

El escritor conoce y reconoce de inmediato a su mujer amada en cualquier muchedumbre, la distingue prontamente en las devotas peregrinaciones religiosas, en las interminables marchas políticas, en las abigarradas colas de las estaciones de los terminales de autobús, en el gentío de los aeropuertos cuando se inicia una larga festividad, en la aglomeración que supone un saqueo, un muerto, un accidente de incalculables proporciones: un tsunami, un terremoto, un deslave, una vaguada sin fin. Pulido, contaminado de

amor, infectado de pasión por la administradora de sus bulevares certifica que: “En un bosque de senos / y una selva de torsos / mis manos hallarían tus pezones”.

En fin, por encima de todo, más allá de vicisitudes existenciales y circunstancias urbanas, de incidentes ciudadanos y episodios personales, Pulido le canta al amor, a su amada, quien lo unge con el bálsamo de una felicidad sanadora de cualquier quebranto vital, terapeuta de sus más recónditas penas de sobreviviente de una ciudad signada por el desamor y el olvido. Así el poeta, taciturno, melancólico, reconciliado consigo mismo, por efecto de un amor curalotodo concluye que:

*...la vida
es una temporada especial contigo,
que estas calles, estas películas
esas manos agarradas
somos los dos, alucinando,
esperando el atardecer
para quedarnos mirando
el lomo de los cerros
con su filo de nácar
y la luz alejándose
cual yéndonos en barco;
yo igual a un islote
cubriéndose de noche.*

11. Enrique Viloria Vera: Otredad

POR FORTUNA

Si perdiera la vista

¿Qué haría?

¿Será posible verlo todo

a través del recuerdo?

Tus gestos

esos mohines

coquetos y amorosos

que todavía me cautivan

¿Podré reproducirlos

recrearme con ellos

aun sin mis ojos?

¿Qué pasará con tu risa?

esa que además de labios y dientes

canto y melodía
es comisura irrepetible
rictus seductor

Por fortuna
para el sabor de tu cuerpo
para el gusto de tus humores
no necesito de mis ojos

ATREVIMIENTO

Podrá parecer letra de bolero
ritmo de rockola
balada superficial

No dudo que se asocie
con el tarareo mecánico
automático
que produce el recuerdo
y la repetición

Es posible que suene a lugar común
que luzca conocido
que no entusiasme
a ningún crítico analista
o investigador

No vacilo en anticipar
que no estará en ninguna antología
y mucho menos
en un suplemento dominical

A pesar de todo
me atrevo a decirlo
a escribirlo en este libro pretencioso

La razón es simple:

 el amor
esa emoción que nos diluye
 no puede ser
materia curricular
tema de análisis literario
objeto de conversaciones eruditas

Nuestro amor
-el que me gusta
más allá de lo que escriban los poetas
y analicen los lingüistas-
es beso matutino
caricia vespertina
orgasmo compartido
cuando cae la noche
y ellos duermen
para nuestro consuelo

PUEDES

Puedes hacer lo que quieras:

dejar libre la nuca

ceñirte el velo

que de mi te ocultó

Puedes caminar

segura

presurosa

distante:

nadie te detendrá

inquisitivo

emparejando el paso con el tuyo

Cuando te convenga

hila ilusiones

reinventa creencias

construye futuros

invéntale

por favor

un silencio a mis palabras

CUERPOS

Espero que aún te vistas de mí

que continuemos siendo

-después de años sábanas

besos y mordiscos-
una sola piel
un mismo cuerpo
que me lleves
más allá de lo inasible
de lo perecedero
de la memoria y el recuerdo:
ser
pliegue
estría
vello
perfume
rímel
bloomer
collar que te circunda y te define

DUALIDAD

Pasamos de ser
uno y otro
de tener nombres
señas
manías
neurosis
identidades propias y distintas

Hoy somos
un poco tú más yo
menos de mí mucho de ti
Esa mezcla me gusta
me hace feliz
porque confirma que nosotros somos
verdaderamente nosotros

VEJEZ

A pesar de que queramos
convencernos de lo contrario,
del que dirán halagador
y complaciente
ya no somos los mismos

El tiempo
esa guillotina justiciera
nos ha tocado
Lo constato en las líneas de expresión
en los abultamientos
en esta flacidez
en esta calvicie que ayer no estaba
en este cansancio
que se instaló de pronto

Sin embargo
me reconforta
verte el alma tan lozana
el espíritu tan jovial
como aquella vez
 la primera
cuando me enamoré de tu sonrisa

MARCO REGULATORIO

Nadie dictó las pautas
impuso normas
convino en las premisas de esta unión
Salieron solas
emergieron inéditas
de un pacto de silencios
que hace de nuestro amor
un grito de alegría
en el centro
de nuestros cuerpos

VUELTA

Regresas y no me encuentras
salí a contemplar el mundo
seguro de que nunca más vendrías

VICTORIA

Me alteraste la vida
cuando
subrepticia
lenta e imperceptible
te fuiste colando
Llegaste
paradójicamente
súbita
rápida
muy pronto
a ese rincón resguardado
a ese recoveco
que ninguna había tocado
no porque no pudieran o quisieran
simplemente
nunca supieron cómo

SEGURIDADES

Transitamos mutuamente
una cuerda floja
que asumimos en descampado
sin redes
sin certezas
que amortiguaran la caída

Anduvimos poco a poco
dubitativos
hacia delante
resistiendo las tentaciones del vacío
los señuelos de los alrededores

Llegamos juntos
a esta plataforma
que vista desde atrás
desde esa apuesta por el futuro
aparecía tan distante
tan lejana
tan ajena

SENTENCIA

Te quiero
porque aún no he aprendido
a hacer otra cosa

PREGUNTAS

¿Cómo hacer
para darnos distancias?
No conozco nuestros límites
¿Dónde empiezo?
¿Dónde terminas?

ENTUSIASMO

Mujeres hay muchas

lo confirman

la calle la oficina

el club el aula

el metro la playa

el burdel

Mujeres hay pocas

lo certifican

la cama los boleros

mis adioses

la vuelta a empezar

Mujeres hay una

lo testifica

tu presencia

repetida inveterada irrepetible

las dos décadas

los cinco lustros

los veinte años

los siglos que nos faltan

para volver a empezar

PREFERENCIA

El recuerdo es prisma selectivo
instrumento generoso
que todo magnifica
confirma sin discusiones
que todo tiempo pasado
fue mejor...peor
según la preferencia
del que lo convoca

El olvido
 por el contrario
es justo medio
 media tinta

juez natural:
nada de lo que ocurrió
tuvo sentido
cuando
ni tú ni yo nos acordamos
de los detalles
de lo que pasó
de cómo y dónde fue

OJALÁ

Como deseo que tu cuerpo
tus besos
tus humedades
pueden matar esta insensatez
que se instala
como torniquete repetido
como martilleo incesante
en el centro de un insomnio
que se apaga
justo cotidiano inflexible
a las 4 y 40 a.m.
de un reloj inclemente
que no transige con el olvido

DIFICULTAD

Sé que no es posible
conozco las innumerables barreras
fronteras físicas
límites afectivos
ropa dermis epidermis
conceptos y prejuicios
que nos distancian
Atrévete

aunque estoy seguro
que después de tanta audacia
tampoco te sería fácil

PREMONICIÓN

Fueron ellos
tus ojos
los que anticiparon
vislumbraron apostaron
por este amor
que todavía se sostiene

VOCACIÓN DE SERVICIO

Tantos años
escuchando
una cerveza fría
un bistec con papas fritas
un café
y como postre
un quesillo
nunca tú

KING SIZE

Unidos estamos
lo sé
lo testimonia
el sobresalto
que me sorprende
cuanto te rozo
a pesar
del tamaño de nuestra cama

AMOR INICIAL

Ella y yo
intentando
construir comuniones
definir certidumbres
afirmar un amor
erigido sobre el vacío
y alimentado por la nada

AMOR FINAL

Crecientes
ruidosos
insoportables

reiterados
los es que tú
ahora nunca siempre
me llevan
al hastío
al basta
al hasta cuando
al adiós

IMPORTANCIAS

Mucho importa
que te ausentes
que te pongas entre paréntesis
que tu sonrisa
sea la gran ausente
de estos labios que devoro
Poco importan
tus evasivas las renunciadas
los argumentos las distancias
las razones blandidas
bien sabes que a pesar de todo
sin escapatoria
yo soy la tuya
y tú eres la mía

COMO LUCIERNAGA

No me mires
con ojos de luciérnaga dormida
No levantes vuelo cuál gaviota errante
-alada espuma con pico
en búsqueda de otros mares-
para interrogarme incrédula como quien
consulta un oráculo en desuso
No me prestes la atención
que las caracolas le prestan a un viento nómada e indeciso
ni me dejes caer
por las laderas
de tus farallones de olvido
No me conviertas en calendario gastado
en barco encallado
en catacumba de tu amor
No me hagas sentir
el dolor lacerante
de esas lágrimas ardiendo
No me ubiques
a través del recuerdo

INSUFICIENCIA

Se me hace breve el pensamiento
cuanto trato
de ponerle nombre a nuestro amor
describirlo sopesarlo
valorarlo
no me alcanza la gramática
los sustantivos
los adverbios
las preposiciones
los calificativos
agradezco a los pronombres
que me ayudan a entender
que nosotros
somos
la suma feliz
de tu tú con mi yo

DEJO DE SER

Cuando te beso
me llevas todo
me anulas
sucumbo en tu cuerpo
de lengua a lengua

de labio a labio
de boca a boca
más allá de lo evidente
tu saliva tu humedad tus humores
se convierten en savia
en nutriente que vivifica
el amor
el deseo
la pasión
estas ganas multiplicadas
multiiformes diferenciadas
que me llevan a besarte
aquí allá
abajo arriba
adelante atrás
sin importarme
que no siga siendo
cuando te beso

Libro del adiós

UTOPIÁ

Versos escritos
con la saliva
de tu boca
Poemas indelebles
que tus besos
acaban de borrar

ADIÓS

No deseo continuar siendo
el trofeo
que orgullosa exhibes
en el salón de visitas
de tu cuerpo

pieza exclusiva
fiera derrotada
victoria de los safaris
de tu amor
En solitaria estampida
huyo me alejo
de las praderas de tu sexo
cimarrón contento
bestia regocijada
que no responde más
al llamado de tu orgasmo
a los tambores de tu amor

FUTURO

Sí tu futuro
es ser
verso confidencial
 texto anónimo
poema exclusivo
tinta sin destino
sustituta de tus humedades
 ¡Date por leída!

ABRACADABRA

Fui el Aladino
de tu cuerpo
 lámpara sin aceite
genio privilegiado
 bebedor insaciable
de unas lágrimas
provenientes
de tus engañosas alegrías

A DESTIEMPO

Territorio de otro
 eres
mía fuiste
un día equivocado
fecha incierta
 hora imprecisa
de un calendario lunar
vetusto en desuso
que nadie ninguno
ni siquiera nosotros
 desanda
 consulta
su hoja pasa

DIEZ POEMAS DEL ADIÓS

1

¡Tú lo enciendes
...tú lo apagas!

2

¿Tus besos
tendrán futuro?

3

Aunque no vine
estabas

4

¡No quiero libertades
para vivir encadenado!

5

Soy los santos óleos
de este amor

6

Quedaste sin muelle
a la deriva estarás

7

¡No voltees
atrás quedé!

8

Camino fuiste
¡no llegamos!

9

Cuando
cuerpo digas
ninguno habrá

10

Inmensidad no fuiste
Intensidad tampoco

AGENDAS

Pendiente de ti
 no sigo
tus compromisos
mis importancias
tu pelo rebelde
mi corbata obligatoria
tus labios sin carmín
 el reloj verdugo
mis angustias
tu conformidad tan inconforme
testimonian protagonizan
tu agenda
 la mía
 este amor
que no pudo ser

VIRGINIDAD

Tu amor usado
tus pasiones con nombre
los besos prodigados
las caricias estrenadas
tu sexo repartido
tus orgasmos por doquier
¡No los quiero!

FUGAZ

Firmamento inútil
retenerte
en vano intento
en claras noches
el cielo apagas
llevándote contigo
a la luna
compañera exclusiva
de mis soledades
¡Estrella errante!

AMOR ETERNO

¡Qué pasajeros fuimos!

nuestra eternidad

tres besos

dos suspiros

un orgasmo

APUESTA

Conocí todo de ti

lo que se debe

lo que no

aquello que tú misma

ignoras

el tamaño exacto

el grosor la textura

de la uña

del dedo meñique

de cada uno de tus pies

el diferente gusto de estos besos

que lentamente saboreo

apostando

por el olvido de tus labios

CERTEZAS

Después de mí
no tengo celos
Después de ti
puede que no exista
 olvido

HAMBRE

Hambre de ti
mis ojos tuvieron
 saciados
te ofrecen esta mirada
miope estrábica
que lejanías disfruta
incapaz de distinguir
tu presencia cercana
tu figura tan visible
en el ocaso de la esquina

FRÁGIL Y BLINDADO

Este amor
acaricia y muerde
nace de la quietud

vive del arrebató
cuando venera
te maldice
 mientras
este beso tibio
insulso de protocolo
 acompaña
nuestro último adiós

ADVERTENCIA

Acepté vivir
del mejor de los recuerdos
aquel que nada
alimentó
Nuestros cuerpos
 idos y venidos
cobardes resignados
no fueron capaces
de convocar al olvido
¡nunca supieron cuando llegó!

MATE

Como rey acorralado

vivo

en constante acecho

de tus tropas

Claudico sin armisticio

Reina blanca y brillante

disfruta tu victoria

el acoso la emboscada

el jaque mate

a nuestro amor

Mis alfiles

no pudieron

con los peones de tu mirada

mis caballos

tampoco asaltaron

la torre protegida

donde cautiva

vivir prefieres

majestad sin dominio ni corona

ABOLENGOS

Madera fina
dijiste tu cuerpo era
roble cedro
cepillo azteca
ébano milenario
¿Este aserrín estas virutas
de dónde vienen?
¿Saldrán de mi cuerpo
guayacán sin linaje
saquisaquí
tablopan
vera que sólo existe
en mi apellido?
¡Ceiba no fuiste caoba tampoco!
¿Quién cobija nuestro amor?

NO FUE ASÍ

Cielo soy dijiste
escalera construí entonces
tierra confusa resultaste
arena movediza
pantano sin firmezas
Desde estas alturas

abrazarte intento
besarte no puedo
sujeto al último peldaño
te miro desde lejos

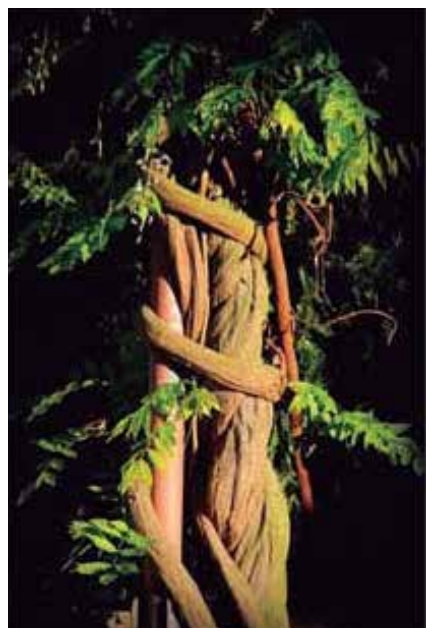
HEREJÍA

Primera comunión
de tu cuerpo
hostia en grumos
líquida pegajosa
Ofrenda inútil
sin diosa que la reciba
Eterna gloria negada
en lechos fugaces
despreciables
donde huella no queda
de este pretendido amor

LOCO

Decir adiós
amor no mata
Tus adioses repetidos
son palabra precaria
cuerda floja

navaja sin filo
magia de iniciados
truco ineficiente
que desaparecer
 mi vida
de la tuya
intenta
Siempre me tendrás
desde tu cuerpo te hablaré
cuando te peines te maquilles
 sabrás de mí
tus ojos incrédulos
escucharán
 el chasquido
de estos besos apagados
secos sin pasión
tus hasta luego
 mi verdadero adiós



Epílogo

creer que el cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor, quien lo probó lo sabe.

LOPE DE VEGA. *RIMAS HUMANAS*, CXXVI

cómo voy a creer/dijo el fulano
que la utopía ya no existe
si vos/mengana dulce
osada/eterna
si vos/sos mi utopía.

MARIO BENEDETTI. “*UTOPIA*”.

En *Once visiones sobre el amor* Enrique Viloria Vera ha reunido en un libro único una selección de autores que se han acercado al tema amoroso desde distintos géneros y desde sus propias concepciones teóricas o ficcionales. Elvia Ardalani, Gastón Baquero, Enrique García Trinidad, José López Rueda, Joaquín Marta Sosa, José María Muñoz Quirós, Guillermo Morón, Salvador Pániker, Alfredo Pérez Alencart, José Pulido y el mismo Enrique Viloria Vera son claros herederos de aquel primer “manual didáctico” -*Ars Amatoria*- que nos legara el poeta Ovidio, pero cuyas enseñanzas han resultado infructuosas pues no hemos conseguido ponernos de acuerdo sobre cómo y dónde conseguir el amor ni sobre cómo mantener el amor ya conseguido.

Sin embargo, si hay una evidencia palpable en las páginas de estas “visiones” es que no hay otra forma de conocimiento del amor que el amor en sí mismo. Un amor que debe ser sentido y vivido; un amor que se centra en la pareja o la familia; que desdibuja identidades, que se dilata en el tiempo y el espacio, que

es quemadura y goce, que es la más intensa de las realidades, que es pura invención, o, como sostiene Julia Kristeva, “cruce entre las fronteras del narcisismo y la idealización”.

En las voces masculinas que pueblan estas páginas son una constante la utopía del amor y la mujer ideal, conceptos que apuntan con frecuencia a la idea del amor como salvación, o, en los términos de Georges Bataille, “como la posibilidad de la continuidad del ser percibida como un alumbramiento a partir del ser amante”, que provoca un espejismo que deja entrever otras maneras de mirar y mirarse, como se aprecia especialmente en la obra de Gastón Baquero y Salvador Pániker.

Otras voces aluden más directamente al amor carnal, al juego erótico y sexual que declaran abiertamente las necesidades físicas en lo que a la relación amorosa se refiere. Morón, López Rueda, García Trinidad, Marta Sosa y el propio Enrique Viloria Vera nos deleitan con metáforas e imágenes de marcada sensualidad, en mi opinión bastante directas que no dejan duda alguna sobre el goce que se quiere expresar.

Decía Rougemont que el amor feliz no tiene historia, que solo el amor mortal es novelesco o puede ser exaltado por el lirismo. Rompen completamente con esta premisa, la poesía de Muñoz Quirós, Alfredo Pérez Alencart y José Pulido, en cuyas obras el amor es el rostro y cuerpo de la compañera siempre presente en las luchas cotidianas y los placeres de la convivencia “kilométrica”, de la existencia vital.

Y finalmente, pero no por ello menos importante, la voz de Elvia Ardalani, que trasciende su propia multiculturalidad. La poeta mexicana rompe con los cánones históricos de cuerpo y voz cuyo papel se constreñía al “dejarse hacer” y esperar del amado y de la relación, valores únicamente espirituales. Símbolos como la cruz y la luna, la maternidad, el mestizaje y la herencia transcultural

Epílogo

que hereda a su hijo, constituyen poderosos motivos para leer este libro, en cuyas páginas distintas voces y distintas perspectivas sobre el amor nos permiten constatar que este motivo histórico, esta necesidad de nombrar el deseo y lo amado sigue vigente.

Como lectores insaciables, nos permitimos también nuestras propias proyecciones y deseos para los que tomamos prestadas las palabras de estos once trovadores que nos legan su génesis de motivos poéticos. Espero que Usted, apreciado lector, haya ensayado ya alguna forma de amor; se haya dejado llevar por los caminos dictados por Platón, como buen alquimista haya dado con la fórmula de los “cristales de amor” propuesta por Stendhal, o lleve inscrita en su piel alguna narrativa con los dulces avatares de un no efímero e intenso amor-pasión .

MARÍA ELISA NÚÑEZ
Salamanca, 2019

SOBRE EL AUTOR

Enrique Viloria Vera (Caracas, 31 de enero de 1950)

Abogado por la Universidad Católica “Andrés Bello” (Caracas, 1970), posee una maestría del Instituto Internacional de Administración Pública (Paris, 1972) y un doctorado en Derecho Público de la Universidad de Paris (1979).

En la Universidad Metropolitana de Caracas fue Profesor Titular VI, Decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (FACES), y Decano de Estudios de Postgrado, así como Director Fundador del Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri (CELAUP) y Coordinador de la Cátedra Venezuela Ricardo Zuloaga. Adicionalmente, es Investigador Emérito del Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca (CEIAS). Fue igualmente titular de la Cátedra Andrés Bello en el Saint Antony’s College de la Universidad de Oxford en el Reino Unido y Profesor Invitado por la Université Laval en Canadá.

Es autor o coautor de más de ciento treinta libros sobre temas diversos: derecho, gerencia, administración pública, ciencias políticas, economía, historia, poesía y crítica literaria, artes visuales y humorismo. Su obra escrita ha sido distinguida con el Premio Medalla Internacional de Poesía Vicente Gerbasi otorgado

por el Círculo de Escritores de Venezuela, con el Diploma “Tomás de Mercado” de Estudios Económicos otorgado por el Centro de Estudios Iberoamericanos de Salamanca, el Premio Iberoamericano de Ensayo “Alfonso Ortega Carmona” de la Sociedad de Estudios Literarios y Humanísticos de Salamanca, con el Premio Medalla Internacional Lucila Palacios del Círculo de Escritores de Venezuela, con el Premio de la Academia Venezolana de Ciencias Políticas y Sociales, y con Menciones de Honor en el Premio Municipal de Literatura (Mención Poesía) de Caracas y en la Bienal Augusto Padrón del Estado Aragua. Recibió la Orden Andrés Bello (Banda de Honor) y el Gran Cordón de la Ciudad de Caracas. En 1998, la Universidad Metropolitana le otorgó el Premio al Mérito Académico en el área de Ciencias Políticas, Sociales y Administrativas. En el 2002, la Biblioteca Nacional de Venezuela organizó una exposición bibliográfica y publicó un detallado catálogo con motivo de sus 80 títulos. Igualmente, la Biblioteca Pedro Grases de la Universidad Metropolitana organizó dos exposiciones con sus respectivos catálogos en ocasión de sus 50 y 100 títulos bibliográficos.

En 2009, el Centro de Estudios Ibéricos y Americanos de Salamanca creó un apartado en su colección editorial con el título de *Obra de Enrique Vilorio Vera*.



Enrique Viloria Vera, refractario a la especialización, abierta y probablemente generalista, logra ampliar nuestra visión de las cosas en cada entrega de sus obras. Son obras de diferentes estilos y temas, producto del estudio, la investigación, la selección acurada de datos y la observación atenta de personas y situaciones.

En este libro de ensayos sobre poetas, en el cual Viloria ha hecho una recopilación personalísima, nos hace compartir el respeto por los autores escogidos que lo integran y nos conduce a participar de su asombro ante la palabra poética, con el impulso ilusionado y sostenido que ha marcado su vida de escritor incansable.

Sin poses de ostentación o rutilancia, nos va mostrando las diversas maneras únicas y originales que cada uno de los autores elegidos tiene para describir su Amor, y a la vez, nos presenta a cada escritor con el lustre de su propia visión interpretativa.

Tenemos aquí el amor híbrido y brillante de Ardalani, el interminable y cruel de Baquero, el amargo e irónico de Gracia Trinidad, el imaginado e imposible de López Rueda, el tumultuoso y egoísta de Marta Sosa, el asombrado y misterioso de Muñoz Quirós, el primitivo y pícaro de Morón, el complejo y tardío de Pániker, el sólido y alegre de Pérez Alencart, el desmesurado y autocompasivo de Pulido, y el diverso e ilimitado de Viloria.

En esta admirable selección hay universos de salvación y perdición donde lo íntimo se expresa, porque el Amor requiere ser nombrado, porque el poeta tiene la necesidad de exponer el momento en que fertiliza en palabras la anterior aridez y se traslucen en estremecimiento.

Compartir ese momento único en la soledad de la lectura es un regalo, porque al final, como dice el gran poeta y místico iraní Hafiz de Shiraz:

Nuestras palabras se convierten en el lugar donde vivimos.

María Angelina Kolster
Madrid, 2019

«COLECCIÓN SALAMANCA»
OBRA DE ENRIQUE VILORIA VERA
POESÍA Y ENSAYO LITERARIO

